

BOLSILIBROS



SERVICIO SECRETO

el infrasalario de la ley

de

ralph barby



Era ridículo pensar que un hueso pudiera detener la bala de grueso calibre disparada por la demoledora «Magnum» que aquel tipo le había «limpiado» tras cogerle por sorpresa cuando subía a su automóvil, un «Ford-Granada».

—SB-Roger, eres el más grande hijo de perra que me he tirado a la cara, y valga la redundancia del insulto.

—No, si no me molesta que me llaméis SB-Roger —respondió irónico, con calma, sin demostrar nerviosismo mientras conducía bajo las luces de Manhattan en aquella tarde otoñal y desapacible. El limpiaparabrisas zumbaba para barrer el agua que empañaba los cristales.



Ralph Barby

El infrasalario de la ley

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1190

ePub r1.0

Titivillus 01-12-2019

Título original: *El infrasalario de la ley*
Ralph Barby, 1973

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

SB-Roger[1] tenía hundida entre sus costillas la abultada «Magnum», aquella pistola capaz de detener a un rinoceronte o de perforar la plancha del coche al volante del cual se hallaba sentado. Era ridículo pensar que un hueso pudiera detener la bala de grueso calibre disparada por la demoledora «Magnum» que aquel tipo le había «limpiado» tras cogerle por sorpresa cuando subía a su automóvil, un «Ford-Granada».

—SB-Roger, eres el más grande hijo de perra que me he tirado a la cara, y valga la redundancia del insulto.

—No, si no me molesta que me llaméis SB-Roger —respondió irónico, con calma, sin demostrar nerviosismo mientras conducía bajo las luces de Manhattan en aquella tarde otoñal y desapacible. El limpiaparabrisas zumbaba para barrer el agua que empañaba los cristales.

—Tú no eres un policía, tú eres un cazador nato, un cazador de hombres, por eso te llamamos hijo de perra.

SB-Roger se volvió ligeramente hacia Stepanato. Le miró con los ojos achicados, apenas visibles sus pupilas avellanadas.

—Me das náuseas, Stepanato. A las ratas como tú, yo las aplasto, aunque a muchos no les guste.

Stepanato era el reverso de la medalla de SB-Roger. Había entrado ya en carnes y su cabeza estaba en sus dos tercios limpia de pelo, como la Quinta Avenida de hierba.

Stepanato tenía labios gruesos, boca grande y dientes afilados. Debía comer demasiado, como un cerdo, pensó SB-Roger. Stepanato pertenecía a la Organización. No era un «padrino», pero sí un «capo». Rufianismo, proxenetismo y prostitución en Manhattan era lo que controlaba Stepanato, secundado por sus «capoccinos».

—Vamos, Stepanato, si lo que deseas es reventarme a balazos, ahora es tu oportunidad.

—No tan aprisa, SB-Roger. Te enviaré al infierno, pero a su debido tiempo.

—Has perdido enteros, Stepanato, muchos enteros. En otros

tiempos, para ejecutarme, me habrían enviado a un «malandrini», pero esta vez te han dicho que te las arregles tú solo sin mezclar a la Organización.

—Sí, he perdido algunos enteros gracias a tu encarnizada persecución, SB-Roger. Me has perseguido como si yo fuera una fiera.

—Sería demasiado honor para ti ser una fiera, Stepanato. Además, voy por ti, ya lo sabes, y no cejaré hasta que termine contigo. Eso es lo malo que tengo, que cuando un tipo se me pone entre ceja y ceja, ya puede ir encargando sus esquelas.

—Y ello te ha ocasionado muchos pleitos con tus superiores, con el fiscal del distrito, el fiscal general y el mismísimo alcalde.

—A mí, cuando me dan una bronca, no me chupo el dedo ni me pongo a llorar, Stepanato. Supongo que tú sí habrás temblado bastante cuando te has presentado ante los capitostes mafiosos. Te sacaron libre de la corte por falta de pruebas. He de reconocer que el fiscal del distrito fue bastante estúpido o meticulosamente legal.

—Pues, aunque lo dudes, el fiscal es puro, no está sobornado.

—Lo imagino, pero no te pudo meter entre rejas. Yo te había cazado, tú y tus «capoccinos» matasteis a aquella chica a palos porque quería liberarse de la esclavitud a que la sometíais. Quería dejar de ser ganado para vosotros y la asesinasteis bárbaramente.

—Falta de pruebas, SB-Roger, falta de pruebas.

Stepanato rió, agrandando aún más su boca.

—Sí, cogí las que pude y que juzgué suficientes, y luego te largan a la calle.

—Supongo que te advertirían que me dejaras tranquilo, que tengo mis derechos, que no puedes hostigarme.

—Supones bien, Stepanato, pero cuando un caso queda así y un tipo como tú se va libre a la calle, no cejo aunque sea empleando las horas de descanso. Por eso los hampones y mafiosos me llamáis hijo de perra o, abreviadamente, SB, por eso te has puesto nervioso. Podías haber acudido a mis superiores quejándote, pero tienes miedo, porque, como te he dicho, ya no estás tan seguro de que una segunda vez tus capitostes te vuelvan a sacar de entre rejas, por eso has decidido matarme.

—Exacto, SB-Roger. Si no te mato yo a ti, tú me liquidas a mí, así de simple.

—¿Pues, a qué esperas, estúpido cerdo? Jala el gatillo, porque si no lo haces vamos a morir los dos.

SB-Roger pisó a fondo el acelerador cuando frente a él aparecía la luz roja de un semáforo.

—¡Vamos, no seas imbécil, aminora la velocidad!

—No. Tú vas a matarme a mí y yo voy a estrellarte. Si disparas, me revientas por dentro, tienes en tus manos la mejor pistola del mundo, pero tú quedarás aplastado. Ah, llevo el depósito repleto de combustible, de modo que haremos una buena hoguera si nos estrellamos.

—No me das miedo —mintió, ya que había comenzado a sudar viéndose atrapado en su propia trampa. No había contado con el carácter tan temerario y suicida de SB-Roger.

—Claro que, puedes salvarte todavía si me devuelves la pistola.

El automóvil levantaba cortinas de agua a su paso mientras sus ruedas patinaban y los frenos chirriaban de forma espeluznante.

—No te saldrás con la tuya. En algún momento, tendrás que frenar —masculló Stepanato.

SB-Roger sonrió despreciativo mientras tocaba el claxon con intermitencia y manejaba hábilmente el volante para sortear los vehículos que cruzaban en perpendicular con luz verde mientras él rodaba a más de cien por hora sin hacer caso de las luces rojas y bajo la intensa lluvia.

Stepanato se puso más nervioso y alargó su pie para pisar el freno mientras sirenas de la policía motorizada les perseguían.

Con el codo, SB-Roger dio empujón a Stepanato y encendió la luz interior del coche, ya cerca del puente de Brooklyn.

Ya eran dos los motoristas que les perseguían con las ululantes sirenas taladrando la desapacible noche neoyorquina, haciéndose oír por encima del fragor normal del abigarrado tráfico.

SB-Roger circulaba en muchas de las ocasiones por carriles contrarios y direcciones prohibidas. Su coche rozó a otros y se abolló, pero mantuvo el dominio del mismo gracias a su gran pericia.

Cundió el pánico por donde pasaba, especialmente en el estómago de Stepanato.

—¡Maldita sea!, hijo de perra, ¿detente o te mato ahora mismo?

Le apuntó en la sien con la «Magnum» cuando enfilaba por la boca

del puente de Brooklyn y el guarda les ponía la barrera para que se detuvieran.

La valla de tubo metálico, pintada a franjas rojas y blancas, saltó hecha pedazos.

SB-Roger, agarrado al volante, aguantó la sacudida que resultó fuerte, pero el mafioso no pudo conservar el equilibrio y salió despedido hacia delante cuando disparaba un balazo contra SB-Roger, que no cazó a éste, pero sí pulverizó el cristal de la ventanilla.

Con su zurda, SB-Roger acababa de abrir la portezuela del vehículo ya dentro del puente y a cien por hora.

—
Good-bye

, Stepanato —dijo.

Y se dejó caer hecho un ovillo, notando que las ruedas de su propio coche le pasaban rozando por la derecha y las de la motocicleta de uno de los policías que le perseguían, por la izquierda.

Éste hizo una finta para no atropellarle, y se vino al suelo tras frenar cuanto pudo.

El «Ford-Granada», perdido el control, invadió el carril contrario, yendo a estrellarse contra la baranda de grueso acero en la que rebotó, golpeando a otros coches que venían en dirección contraria e incendiándose de inmediato.

SB-Roger, tendido en el suelo, alzó su rostro ensangrentado y con los ojos empapados por la lluvia que casi le impedía ver, contempló el fin del proxeneta homicida.

Luego, perdió el sentido. Quienquiera que hubiera sido su madre, no le había alumbrado como un ente de goma, sino que era de carne y hueso, y tenía que pagar el precio de una caída a cien millas por hora sobre el asfalto.

* * *

Al abrir los ojos, no experimentó dolor alguno.

«Estoy muerto o me han inyectado morfina», pensó.

—Hola, Roger. ¿Cómo te encuentras?

Miró al hombre alto y bien trajeado que tenía delante.

—¿Qué tal, comisionado, comprobando a ver si he reventado?

—Sólo te has roto dos costillas y tienes unas cuantas desolladuras, pero Stepanato se achicharró.

—Sí, tuve ocasión de verlo por mis propios ojos.

—Se te dio orden de no molestar más a Stepanato, otros se encargarían de rastrearlo. El fiscal del distrito se ha puesto furioso, pero el testimonio de los motoristas te salva. Ellos vieron cómo Stepanato te apuntaba con la pistola y luego te disparaba. Tú no pudiste hacer más que salvar tu vida después de causar el caos en la circulación de Manhattan y especialmente en el puente de Brooklyn. Sólo se siniestraron trece vehículos.

—El trece me gusta, comisionado. ¿Hubo heridos?

—Salvo tú y una pierna rota del motorista, que no quiso pasarte por encima con su máquina, nadie más. El fiscal no podrá buscarte las cosquillas, Roger. La verdad es que la ciudad ha ganado con la muerte de Stepanato.

—Lo malo es que otro ocupará su puesto —gruñó con sarcasmo—. Tenemos un sistema jurídico que da asco. Los tipos como Stepanato se escurren por entre sus redes con suma facilidad.

—Mientras no se inventen otras mejores, éstas son las que sirven, Roger.

—Comisionado, ¿está ahí mi chaqueta?

—Sí, colgada en el armario.

—Mi cartera, por favor.

Cogió la cartera y se la tendió.

—Saque usted mismo la placa de
G-men.

El comisionado hizo lo que le pedían y cuando la tuvo en su mano, preguntó:

—¿Y ahora qué?

—Dígale al fiscal del distrito que no tengo nada en su contra, pero que se la coma, y espero que sus deposiciones sean de alivio.

—¡Roger! —exclamó. Luego, bajó el tono, más comprensivo—. Estás loco. Después de tantos años no puedes abandonar el cuerpo de policía de Nueva York.

—Precisamente, después de tantos años ya estoy harto. He visto a compañeros muertos en servicio, pagas que sólo dan para un mal apartamento y perros calientes, y una ropa que al lado de los hampones que se cuidan parecemos harapientos.

—Roger, a otro no le aguantaría las vulgaridades que estás diciendo, pero tú eres, sino un buen detective, sí un detective muy eficaz. En cuanto a un aumento de sueldo, ya sabes que todos en la nómina cobramos lo mismo. Se te podría ascender, pero en estos momentos resultaría demasiado escandaloso. Acusarían públicamente a la policía de brutalidad, de prescindir de los métodos jurídicos, de ignorar los derechos del ciudadano.

—Etcétera, etcétera. No, comisionado, no le estoy pidiendo un ascenso. Sólo le digo que le entregue la placa al fiscal del distrito y que se la coma. Si alguna vez se establecen unas leyes donde los hampones no salgan con tanta facilidad de las redes de la justicia, si las pruebas son algo más que simples tonterías, si admiten el perjurio de los testigos sabiendo que juran en falso aunque no se logre demostrar, yo volveré a la policía.

El comisionado suspiró.

—Está bien, espero que reflexiones. Todavía estás bajo la fuerte impresión del aniquilamiento de Stepanato, caso que ya no te pertenecía. Guardaré tu placa y te pondré en excedencia, aunque, si lo prefieres, te doy vacaciones para restablecimiento físico. Estás con fracturas.

—No insista, comisionado, no busco vacaciones pagadas. Tengo mi temperamento y cuando un fulano de esos que acaba de asesinar a una chica me dice que tiene sus derechos, en fin, no soy indiferente y ellos, que sigan llamándome hijo de perra. Ahora ya se verá libre de quejas de abogados que quisieran demandarme por saltarle a alguien los dientes. El fiscal y el alcalde también se quedarán tranquilos.

—Bien, pero ¿qué piensas hacer ahora, qué clase de empleo vas a buscar? Que yo sepa, vives sólo de tu sueldo.

—Que es lo mismo que decir, malvivía. En cuanto a lo que voy a hacer, pregúntemelo otro día, ahora sólo tengo deseos de pedir un buen bocadillo de hamburguesas. Lo que hace el hábito, comisionado. Siempre que me veo malcomiendo un bocadillo por la calle, pelándome de frío en mitad de la noche o sudando bajo el sol, pienso que me comería una buena ración de langosta, un platillo de arroz a la cantonesa o cualquier otra maravilla gastronómica, pero ya ve, ahora que tengo tiempo para comer bien, se sigue apeteciendo un bocadillo de perros calientes o hamburguesas con

cebolla. No es fácil cambiar a los hombres, comisionado, y usted ya me entiende.

—De acuerdo. —Le tendió la mano—. Suerte. No es que admitiera tus particulares métodos de trabajo, Roger, pero eras muy eficaz.

El comisionado se alejó, y apareció una atractiva y esbelta enfermera. La bata blanca no conseguía disimular su opulencia de sus senos.

—Me han dicho que tiene hambre. Tendré que consultarlo con el doctor. Acaba de despertar, todavía está bajo el efecto de los calmantes.

—Quiero un par de latas de cerveza, un bocadillo de hamburguesa y otro de perros calientes, y cuando termine, no se me ponga cerca, porque está muy apetitosa y soy muy difícil de hartar.

La enfermera carraspeó ligeramente y le puso un periódico a su alcance diciéndole:

—Será mejor que centre su mirada en el periódico y no en mi anatomía, señor Roger.

—Puede llamarme SB-Roger. Todo el mundo me llama así y ya no me importa.

En primera página venía una fotografía del coche en el que había muerto Stepanato ardiendo. Luego, otra instantánea en la que él mismo era recogido en camilla para ser trasladado a una ambulancia.

Pero, lo que atrajo su atención fue la noticia que, con grandes caracteres, anunciaba:

«RECOMPENSA DE QUINIENTOS MIL DOLARES A QUIEN PUEDA FACILITAR LA RECUPERACION DE LOS CINCO MILLONES DE DOLARES QUE FUERON ENTREGADOS A LOS SECUESTRADORES DEL “JUMBO” NEW YORK-TAMPA».

Parpadeó y, sarcástico, comentó en voz alta:

—Quinientos mil dólares de recompensa sería un buen trabajo. Ahora no tendré que empezar por comprarme otra «Magnum» especial. Por lo poco que sé de este secuestro, habrán muchos fuegos de artificio.

CAPÍTULO II

Unas escalinatas descendentes le condujeron a la entrada de los sótanos de un edificio de Brooklyn. Sobre la puerta, un pomposo rótulo con letras floreadas rezaba:

«BRONSON'S *BALLET SCHOOL*».

Roger sabía que aquello había sido antes un gimnasio y, actualmente, lo que se enseñaba allí era una mezcla de *ballet-gimnasia* que era lo que estaba de moda para los conjuntos de revista de todo el mundo.

Empujó la puerta y sonó una campanilla que quedó ahogada por la música que brotaba de alguna parte que no estaba a la vista.

El vestíbulo aparecía desierto. Olía a sudor y había mucha humedad que incluso se traslucía en las docenas de retratos clavados sin orden por las paredes y en los que aparecían antiguas alumnas, fotografías que se veían rancias. SB-Roger supuso que no sería agradable ver a muchas de aquellas chicas en la actualidad, con más años y carne encima.

Sacó un cigarrillo de la cajetilla y se lo llevó a los labios. Le prendió fuego y aspiró hondo. Notó una ligera punzada en el costado izquierdo. Las costillas, en período de recuperación, no le molestaban más que en según qué instantes.

Empujó la puerta que conducía al gimnasio y se encontró con las chicas danzando. Pudo ver que la música rítmica no brotaba de un conjunto si no de una grabadora que tenía montados unos grandes carretes.

Inmediatamente, las chicas clavaron sus miradas en la alta figura de SB-Roger, en su abundante y desordenado cabello color cobre oscuro.

La forma en que las observaba el hombre resultó agradablemente insolente, pero ninguna de ellas tenía ya capacidad para ruborizarse.

Las chicas, todas con escasa ropa y siempre pegada a la piel, vestían con anarquía. Había cuatro o cinco que usaban bikinis de seda color carne que se pegaban a sus cuerpos como una segunda piel y no estorbaban sus movimientos en absoluto.

Roger no parecía tener prisa y seguía contemplando a las chicas que, en sus evoluciones, cada vez pasaban más cerca de él, sonrientes e insinuantes.

Una mujer, que pasaría de los treinta, pero se conservaba formidablemente bien, con cabello rubio recogido en un moño y vestida de negro desde el cuello hasta las uñas de sus pies, se le acercó con una sonrisa dura.

—Si se ha divertido con el espectáculo, puede marcharse. Por su edad, no creo que tenga hijas para traer aquí.

—Si tuviera una hija, no le recomendaría este lugar.

Por cierto, no iría mal que instalaran un renovador de aire o por lo menos un extractor.

—Creo que si no se marcha enseguida, tendré que llamar a la patrulla.

SB-Roger expulsó una bocanada de humo. Aceptó el guiño de una de las chicas y seco, sin mirar a la profesora, pidió:

—Dígale a Bronson que está aquí SB-Roger.

—A mí me importa un comino quién sea usted, y le rogaré que aguarde en el vestíbulo.

—No gaste saliva y dígame a Bronson que estoy aquí. Cuanto antes acabe, antes se librará de mí.

La profesora apretó la boca en un gesto de rabia e impotencia y se alejó.

SB-Roger la observó por detrás e hizo un gesto de aprobación. Conservaba una linda figura, cintura, caderas, piernas y lo demás.

De un altillo, por una escalera de madera que daba al propio gimnasio y que terminaba frente a un panel de espalderas, bajó un hombre delgado, de escasa estatura y muy amanerado.

Su tez era pálida y cuidada. Bajo sus ojos aparecían unas bolsas violáceas que trataba de disimular con maquillaje y sus labios tenían demasiado color para ser natural.

—Bien venido a mi escuela, Roger, bienvenido. ¿Acaso tienes alguna protegida que deseas educar? Te advierto que es de un gran porvenir. Casi todas las chicas que salen de aquí, salen colocadas,

yo me ocupo personalmente de ello.

SB-Roger conocía la vida y milagros de Bronson. Lo había tenido varias veces en la estación de policía por inmoralidad pública. Aquel hombre no era un vicioso, lo llevaba en la sangre y no tenía remedio.

—Quiero hablar con una de tus pupilas.

—Si es sólo eso... Ya sabes que soy muy agradecido y tú siempre te has portado bien conmigo en situaciones difíciles.

—Yo no soy un santo, sólo que me has hecho gracia. Sigue con tu escuela y no te metas en líos.

SB-Roger no dijo nada acerca de su dimisión en la policía, dimisión que incluso los muchachos de la Prensa ignoraban, de lo contrario, debido a su fuerte personalidad, lo habrían publicado en primera página de la Prensa amarilla.

—Bien, ¿y qué alumna es, la quieres para ti?

—Sólo deseo hablar con ella. Se llama Shelby.

La profesora, situada un paso atrás de Bronson, se apresuró a objetar:

—Shelby no ha venido hoy.

—Pues sí que lo siento, Roger, lo siento mucho. La chica es guapa de verdad, una preciosidad digna de un hombre como tú.

—También algo díscola —puntualizó la profesora.

—¿Dónde puedo encontrarla?

—¿Ha hecho algo malo?

—Pregunto dónde puedo hallarla, quiero hablar con ella.

—Shelby vive en un pequeño apartamento que comparte con Bárbara —aclaró la profesora.

—Entonces, la propia Bárbara podrá decírtelo.

—Pues dile que quiero conversar con ella en el vestíbulo.

SB-Roger lanzó una mirada desafiante a la profesora cuyo nombre desconocía y retrocedió hasta el vestíbulo.

Instantes después, volvía a abrirse la puerta y apareció una de las chicas que usaba el bikini de seda color carne. Su cabello era negro pero algo corto para el gusto de SB-Roger.

—Me han dicho que busca a Shelby. ¿No le sirvo yo? Ella es algo... ¿cómo diría? Difícil.

—¿Está en el apartamento?

—No, no está allí, pero puedo decirle dónde encontrarla o, por lo

menos, adónde ha ido.

—¿Qué tengo que hacer para que abras la boca?

—Besarla.

SB-Roger la miró fijamente. Acababa de aspirar el humo de su cigarrillo, tiró la colilla y ciñendo la desnuda cintura con su diestra, la aproximó para besarla con fuerza.

Poco después, el puño femenino golpeaba su tórax. SB-Roger notó unas punzadas que se tradujeron en ligeras contracciones de sus párpados. Las condenadas costillas aún dolían.

Al fin, soltó a la chica y ésta, dando un paso atrás, tosió con violencia. Inesperadamente para ella, SB-Roger le había pasado todo el humo del cigarrillo sin darle opción a respirar.

—No seas tan obsequiosa con los desconocidos. Puede ser peligroso.

—¡Bestia!

—Tu suavidad me desconcierta. Creo haberte visto por ahí, Bárbara, tú ya me entiendes. ¿Pagas tus clases con tu vida nocturna?

—¿Y con qué quieres que las pague, con la herencia que me dejó mi padre?

—¿Y qué te dejó tu padre como herencia?

—Un puñado de piojos; murió en la cárcel.

—Pues, cambia tu camino o acabarás como él.

—Eso estoy tratando de hacer al venir a esta escuela.

—Menudo lugar de reeducación. Si quieres un consejo, vete a una academia de administrativas o algo por el estilo si es que de veras quieres cambiar, pero me temo que tú no eres de las que cambian.

—¡Vete al diablo, polizonte!

—¿Huelo a policía?

—Apestas a policía.

—Ya me lo han dicho alguna otra vez, por eso me llaman SB-Roger. Y ahora, preciosa, ¿dónde está Shelby?

—Búscala tú mismo.

—Podría decirle a Bronson que te sugiera que busques otro lugar, que eres una chica pública. Ya sabes, el cuento de la manzana podrida que estropea todo el cesto.

—Shelby ha ido al Papion Club.

—¿Es asidua de ese local?

—No, es la primera vez que va. También ha tenido que decidirse a buscar los cochinos dólares para poder vivir.

—Tú compartes un apartamento con ella, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Qué tal es Shelby?

—Si tratas de preguntar si es como yo, pues no le va a quedar otro remedio que serlo. A Nueva York llegan cada día cientos de chicas de otras ciudades para abrirse camino en Broadway y la competencia es muy fuerte.

—De acuerdo, Bárbara.

Sacó un par de billetes de diez dólares, los dobló, tiró levemente de las *pantis* de seda de la chica y le guardó el dinero.

—Esta noche duerme tranquila —le dijo con una sonrisa.

Le dio la espalda y la fémora, que no estaba furiosa contra él, se lo quedó mirando perpleja hasta que desapareció saliendo a la calle.

CAPÍTULO III

El Papion Club no era de los más distinguidos de Manhattan ni mucho menos.

La entrada había sido decorada con motivos selváticos en los que saltaban los simios que daban nombre al local y, pese a haber sido repintada, se le notaban los años; debía datar del tiempo de la Ley Seca.

Encendió un cigarrillo y cruzó su umbral. El jefe de camareros salió a recibirle.

—¿Busca una mesa, señor?

—Sí, la que está allá en aquel rincón. Me trae un café y métase en la cabeza que estaré de espaldas a la pista y, por lo tanto, no voy a disfrutar del *show*. Lo digo por el precio.

—Si es SB-Roger... —sonrió el jefe de camareros reconociéndolo. Era un sujeto de mirada ladina y manos escurridizas.

No esperó que le acompañaran. Se dirigió a la mesa y, tal como había dicho, se sentó de espaldas a la pista mirando hacia el largo mostrador donde se hallaban esperando las chicas del club.

La sala estaba medianamente animada. Todavía era temprano para tener mucho público.

En la pista, un tipo a lo Bob Hope no cesaba de hablar explicando chistes obscenos a los que casi nadie prestaba atención, quizá sólo alguna pareja que visitaba el club nocturno sin ser habitual de ellos.

—Encanto, ¿me invitas a un *brandy* o vas a ser tan generoso de pagarme champaña? Te advierto que con que sea californiano me conformo.

Los ojos de SB-Roger semejaban ahora dos ranuras al observar de arriba a abajo a la «gancho» que acababa de abordarle en su mesa.

No podía negarse que la chica estaba espléndida. Por supuesto, ningún modista de alta costura la contrataría para desfilas por la pasarela, tenía formas demasiado exuberantes y los modistas preferían la línea Twigy. A SB-Roger tampoco le iba la línea alambre, le gustaban con los huesos ocultos bajo la carne.

—Oye, rica, dile a la nueva que venga a mi mesa.

—¿A la nueva?

—Sí, a Shelby.

—Ah, bueno, ya preguntaré.

SB-Roger no tenía ni idea de la cara que tendría Shelby. Vio que la chica que le había abordado se dirigía a sus compañeras y no era preciso que se inclinara hacia delante para observar que sus *pantis* eran blancas debido a la microminifalda de su vestido.

Al fin, una figura femenina brotó del final del mostrador.

Caminó insegura, le faltaba la profesionalidad de las otras. La chica sabía andar, pero era como si en aquellos momentos lo hiciese sobre un piso untado con jabón húmedo y temiera resbalar.

—¿Quería convidarme a algo?

—Siéntate, Shelby.

—¿Me conoce?

La miró. Era hermosa, Bronson no le había engañado. Tenía el cabello rubio y largo, los ojos claramente azules, sin mezclas de color.

El vestido que lucía, posiblemente dejado por alguna compañera, era más que generoso en el escote. La muchacha no utilizaba sujetador.

—Shelby, tengo que hablar contigo.

—¿Quién es usted?

—Me llaman SB-Roger.

El camarero carraspeó junto a ellos.

—¿Van a tomar champaña? La noche es deliciosa. ¿No es eso lo que ha pedido la señorita?

—¡Charly!

—No me llamo Charly —corrigió el camarero.

—Para mí, te llamas Charly, de modo que te largas 7 nos traes dos cafés...

—¿Dos cafés? Pero, si esta mesa...

—Lárgate —le ordenó con tal dureza en la expresión y en el tono que el camarero, refunfuñando, obedeció.

—¿Siempre va por el mundo ordenando de esa forma? —preguntó Shelby, más segura al hallarse sentada.

—Mira, Shelby, sé que es tu primera noche aquí en el Papion y en esta vida.

—¿Es de alguna liga moralizadora?

—No. Algunos tipos de aquí ya me conocen.

—¿Cómo camorrista o algo por el estilo? Su aspecto no es de tener mucho dinero.

—Es cierto, no soy rico y ellos me conocen porque les he metido en la sombra más de una vez.

—¿Policía?

—Ahora, no. Bueno, Shelby, iré al grano, nos están vigilando.

—¿Quién, quiénes?

—Los camareros y los matones a sueldo. ¿Es que te has creído que has venido a trabajar a un local social?

—Todavía no entiendo por qué me busca. Yo no he hecho nada.

—Si continúas aquí acabarás fichada como ramera, encanto, y sería una pena. Tú no tienes cara de eso.

—¡No voy a tolerar que me insulte!

Shelby hizo intención de levantarse para marchar, pero él le cogió la mano obligándola a sentarse de nuevo.

—No vayas a despreciar el café, me cobrarán por lo menos veinte veces su valor real y no tengo demasiados fondos para dárselos a unos ladrones.

El camarero, en silencio, con gesto enfurruñado, les puso el café sobre la mesa. Luego, se retiró.

—Quiero que me hables de tu hermano Clean.

—Con qué es eso, ¿eh? ¡Ya estoy harta, harta!

—No vayas a gritar ahora, se armaría una gran bronca y antes de una hora estarías fichada en la estación de policía. Supongo que eso no te gustaría.

—Los federales ya han estado en mi apartamento y me han hecho preguntas y más preguntas. No sé nada, nada, excepto que mi hermano está muerto aunque yo no he podido reconocerlo. En las fotografías estaba deshecho. ¡Dios mío, qué horror!

—No vayas a llorar ahora, pensarán que te estoy explicando mi niñez en el orfanato.

—¡Es usted insoportable, carece de sentimientos!

—Es posible. Quizá a los diez años, cuando tenía las tripas secas y pegadas las unas contra las otras, me comiera mis propios sentimientos para seguir adelante en la vida.

—Jamás he encontrado a un hombre como usted.

—Shelby, ¿sabes cómo me llaman los hampones?

—No.

—SB-Roger.

—Sí, ya lo ha dicho antes.

—Es que SB equivale a hijo de perra, de modo que toma las cosas como son y, ahora, aclaremos puntos. Yo no soy federal ni trato de tenderte una trampa, sólo quiero saber.

—¿Saber el qué?

—Te seré franco, Shelby. Si antes de un mes, a lo sumo dos, no he encontrado lo que pienso hallar, tendré que hacerme estibador o lavaplatos, claro que antes le voy a dar unas cuantas patadas a alguien, pero si me salen las cosas bien, tendré un poco de dinero.

—¿Un buscarrecompensas?

—Eso quedaba bien para los tiempos del Far-west.

Shelby tomó la taza de café y bebió un sorbo. Luego, miró al hombre por encima de ella y dijo:

—No sé nada. Clean era un buen muchacho y me estimaba, gracias a él podía pagar mi apartamento. No me abandonó nunca y también costeara mis clases de danza en la escuela Bronson. Ahora, al morir él, debo buscarme yo el dinero.

—¿Por qué has venido al Papion?

—Clean solía venir por aquí, y no sabiendo donde buscar trabajo, pensé que podía pedírselo a Lester Cunnigan. Clean decía que este hombre lo apreciaba.

—Cunnigan es el tipo que dirige este antro, y si te hubieras puesto en manos de Satanás estarías más segura.

—Usted no le tiene simpatía, ¿verdad?

—No. Es un rufián, debe tener algún acuerdo con la Mafia para que le dejen trabajar por su cuenta, quizá les ha hecho más de un favor. Cunnigan tiene este local y todo lo que hay arriba, más o menos disimulado, es un negocio de prostitución.

—Yo sólo he venido para animar. Me han prometido que un día de éstos saldré a la pista como bailarina y tendré mi número.

—Es posible que sí, pero no serás doncella como ahora, porque juraría que lo eres.

—Por favor...

—Mira, Shelby, esta noche será tu debut como animadora. Verán cómo te desenvuelves, así pasarás algunos días y luego vendrá

algún cliente que querrá algo más que tomar una copa.

—Me negaré —dijo rotunda.

—Perfecto, pero a Cunnigan le va a molestar. Al día siguiente, tina de las copas que tú tomes tendrá un euforizante y así, un par o tres de noches más. Creerás que todo marcha estupendamente, te prometerán actuar pronto en la pista y luego te darán un «petardo» para fumar o dejarán caer LSD dentro de tu copa. Lo cierto es que despertarás en una cama y ya no serás la de antes.

—¡No es posible, usted me está engañando!

—Shelby, tú sabes que no. Cunnigan verá el dinero en tu mesita de noche y se quedará con la mitad, advirtiéndote que tu trabajo debe ser más regular.

—¡A mí no me sucederá nunca eso!

De nuevo hizo intención de marcharse, pero SB-Roger volvió a retenerla por la mano.

—Aguarda. Yo conozco bien a esta gente, mucho mejor que tú. El último caso que investigué era el de uno de esos rufianes que había matado de una paliza a una chica joven como tú porque se negaba a continuar en el negocio.

Shelby escrutó los ojos avellanados de aquel hombre joven pero de trato duro, un hombre que parecía haber vivido mucho en tan pocos años. Suspiró aceptando.

—Está bien, pero ¿qué debería hacer?

—De momento, creo que fuera de aquí hablaremos mejor. Ya te indicaré una oficina de empleos a la que puedes dirigirte. Yo también conozco a gente que no está agusanada.

—De acuerdo. La verdad es que no me sentía bien en este lugar.

—Pues vámonos ahora mismo. No creas que va a resultar fácil salir ahora de este antro. Los rufianes como Cunnigan tienen a sus perros pastores para que el ganado no escape.

—No puedo, he de recoger mi bolso y mis cosas, están en el vestuario.

—Pues date prisa, creo que todavía estás a tiempo. Todas las que están aquí, si no tienen el lodo hasta el cuello, por lo menos lo tienen hasta la cintura, te lo digo yo que las conozco bien, aunque algunas pocas podían haber escapado a todo esto con un poco más de decisión y un poco menos de estupidez.

Vio alejarse a Shelby hacia los vestuarios. Esperó, pero los minutos

fueron transcurriendo y la joven no regresaba mientras el entrecejo de SB-Roger se iba frunciendo más y más.

CAPÍTULO IV

Lo que sucedía en la pista a su espalda no le interesaba en absoluto. Las chicas del largo mostrador seguían sonriéndole, pero el ceño de SB-Roger estaba fuertemente fruncido.

Dedujo que a Shelby le había ocurrido algo y tomó la decisión de no esperar más y averiguarlo por sí mismo.

Anduvo hacia la puerta oscura, cubierta por una espesa cortina de terciopelo azul bastante ajada. Al cruzarla, un tipo de su misma estatura, lo que equivalía a decir metro noventa pero con bastantes libras más que él, le cortó el paso.

—No se puede entrar.

—¿Ah, no?

—No, es privado para el personal de la sala, me refiero a los que trabajan aquí.

—En ese caso, tendré que resignarme —dijo volviéndose, pues había notado que el tipo estaba armado.

SB-Roger sólo giró noventa grados a la izquierda y su codo se disparó como accionado por un potentísimo muelle.

El *bouncer* lo encajó en la boca del estómago, obligándole a abrir la boca como un pez. Antes de que pudiera reaccionar, la pistola «Magnum» de SB-Roger se apuntalaba contra su vientre.

—Estás algo gordo, demasiada grasa. Te cuidan bien aquí.

Hábilmente, le quitó la pistola dejándolo desarmado y guardándosela en el bolsillo de su propia chaqueta. En aquel corredor, la luz era débil; una bombilla de escasa potencia iluminaba el final del mismo.

—No puede hacer nada, no tiene orden judicial.

—Vamos, no te pongas pesado, tengo prisa.

—No voy a tragarme su amenaza, polizonte.

—Te diré algo que sabe muy poca gente.

—¿Ah, sí? ¿Me he de poner a temblar?

—Puedes ir luego a las letrinas si te hace falta. Te advierto que ya no soy policía, trabajo para mí mismo. No tengo más obligaciones que las que tengas tú. Llevo mala uva y una pistola nueva, tan

nueva que todavía no la he probado. La anterior se me achicharró cuando envié al otro mundo a un rufián que te hacía sombra, de modo que no respondo de lo que pueda ocurrir con el gatillo que estoy acariciando. Lo mismo puede salir de suave fabricación que duro y fuerte, claro que eso sólo lo sabré cuando oiga la detonación y, la verdad, con el calibre de esta «Magnum», me salpicaría las manos con tu sangre. Estamos demasiado cerca.

El matón estaba pálido. Se contaban muchas cosas de SB-Roger y ninguna respecto a que fuera blando.

—¿Qué es lo que quiere? Si me asesina, va a pasarlo mal.

—Peor lo pasarás tú y ahora, llévame al vestuario de esa chica, Shelby.

—¿Shelby?

—Sí, no te hagas el imbécil, la nueva. Te advierto que sigo acariciando el gatillo y el seguro está quitado.

—Pues, cuidado, cuidado, no se vaya a disparar. Algunas resultan flojas de fabricación.

—Si ésta sale mal, tú lo averiguarás antes que nadie. ¡Camina!

Le condujo por un corredor hasta una de las puertas que ostentaba un pequeño rótulo al que faltaba uno de los dos tornillos de sujeción. Colgaba del otro quedando en perpendicular al suelo. En él, girando levemente la cabeza, podía leerse: «Girl 2nd».

—Ahí está. Yo ignoraba que la chica fuera cosa suya.

—Pues ahora ya lo sabes —le respondió en voz baja al tiempo que propinaba una patada a la puerta.

La abrió violentamente, empujando al matón por delante por si ocurría algo desagradable.

—Hola, parece que hay reunión aquí —observó SB-Roger al ver a dos hombres bien vestidos y a una mujer, ésta con una jeringuilla hipodérmica en la mano y a la que reconoció de inmediato—. Hum, la bella profesora parece que practica el pluriempleo.

Se fijó en que una mano femenina sobresalía por entre las cortinas que cubrían la litera que había sido ocultada con rapidez.

—Vamos, todos a la pared y manos a la nuca, piernas abiertas. Sentiría mucho estropear esta desagradable decoración con uno o dos muertos.

Los tres hombres obedecieron y la profesora, con una sonrisa desafiante, se lo quedó mirando mientras SB-Roger cerraba la

puerta y descorría la cortina, descubriendo a Shelby dormida profundamente sobre la litera.

En su brazo desnudo, gracias a la abundante luz del vestuario, descubrió la punzada de una aguja.

—¿Qué le habéis inyectado, bastardos?

—Estaba algo nerviosa, sólo es un calmante y ha sido muy controlado. La mitad del líquido está todavía en la jeringuilla —dijo mostrándosela.

—Dame —exigió.

La profesora hizo intención de clavársela a SB-Roger en el estómago, pero éste, con la zurda, le sujetó la muñeca al tiempo que advertía a los demás:

—Si alguien se mueve, que primero se ponga a bien con Dios o con el diablo, no me importa, es asunto vuestro.

—¡Maldito! —masculló la atractiva profesora al serle arrebatada la jeringuilla.

—Vamos, tú también de cara a la pared.

Le dio un empujón y la mujer tuvo que obedecer. SB-Roger, acercándosele por detrás con la jeringuilla en la mano, observó:

—Tienes unas bonitas posaderas.

—¡Ay!

—No te muevas —ordenó SB-Roger, mordiendo las palabras.

La profesora de baile notó en su carne la entrada del líquido que semejaba quemarla. Luego, él retiró la jeringuilla y la arrojó contra la pared, rompiéndola.

Se acercó por la espalda a sus tres capturados y gruñó:

—Debería enviaros al infierno, pero seré algo blando esta vez.

Fueron cayendo al suelo tras recibir en la nuca sendos golpes secos y contundentes.

La profesora de baile se fue agarrando a las paredes al tiempo que miraba con odio a SB-Roger.

—Esto lo pagarás, polizonte, lo pagarás.

Se aferró a unos vestidos, pero sus rodillas se doblaron mientras sus párpados semejaban tomarse de plomo.

—Si le pasa algo a Shelby, tú serás quien se acuerde de lo ocurrido aquí esta noche —gruñó el hombre.

Sacó a la joven de la litera y se la cargó sobre su poderoso y bien formado hombro.

Con la pistola en la mano por si tenía más contratiempos, abandonó el vestuario dirigiéndose hacia el final del corredor. Por allí tenía que estar la salida al callejón.

No había guarda, pero la puerta era muy sólida, engañosamente endeble. Era de acero revestido de madera con doble cerradura especial, por lo que no resultaba fácil filtrarse al club por aquel lugar, pero sí salir.

El callejón adoquinado estaba acharolado por una fina lluvia que había comenzado a caer y que presagiaba una noche desapacible.

—¡SB-Roger, quieto! —le ordenó un tipo que no apareció sólo al final del callejón. Eran dos e iban armados.

Probó el gatillo de su «Magnum» y el estampido retumbó como un cañonazo dentro del callejón. Hasta las ratas chillaron de espanto.

Dio media vuelta y echó a correr aprovechando que los dos hombres del club se habían apartado ante aquel disparo.

Correteó por entre las callejuelas mientras seguía cayendo la fina lluvia que empapaba el cabello dorado de Shelby, que pendía lacio y mojado sobre la chaqueta de SB-Roger.

Sus ojos azules seguían ocultos, pues sus párpados permanecían cerrados, forzados por la droga que le fuera inyectada.

—Malditos puercos... Si voy al coche, me estarán esperando.

—Eh, ¿qué hace usted? —gritó un tipo al verle cargado con la chica que semejaba muerta. Más, al descubrir la gruesa y abultada pistola en su mano, echó a correr, atragantándosele el habla.

SB-Roger se detuvo frente a la salida de la Tercera Avenida, junto a un coche allí aparcado. Lo observó por tinos instantes y, sin dudarlo más, sacó una pequeña ganzúa y abrió la portezuela, introduciendo a Shelby en el vehículo.

Después, pasó él al interior y hurgó en el contacto.

—Maldita sea, cada vez hacen las cerraduras más difíciles.

Suspiró cuando el motor comenzó a roncar. Hizo marcha atrás, saliendo en ángulo recto para disponerse a enfilar la Tercera Avenida cuando un hombre gritó:

—¡Eh, eh, es mi coche! ¡Al ladrón, al ladrón!

—Lo siento, amigo, ya te avisaré dónde puedes recogerlo —se dijo entre dientes pisando el acelerador a fondo y casi haciendo saltar el vehículo hacia delante.

Otro coche que venía lanzado a su espalda, tuvo que hacer un

quiebro difícil y chirriante para no estrellarse contra él en su violenta irrupción en la avenida mientras los claxons sonaban ensordecedores.

El propietario del auto se tapó los ojos, pero al fin vio desaparecer su flamante coche a lo lejos mientras él pateaba el suelo bajo la lluvia.

CAPÍTULO V

A Shelby le pareció que caía en un pozo sin fondo, multicolor y de forma espiral, en el que predominaban los rojos y los amarillos. Giraba y giraba cayendo siempre. Quería agarrarse, pero una extraña laxitud física se lo impedía y de este modo seguía cayendo sin saber adónde.

De pronto, abrió los ojos de una forma clara y rotunda, apareciendo sus grandes pupilas azules. Quedó quieta. Había poca luz en la estancia, la única claridad llegaba desde un pequeño cuarto cuyo interior no podía ver.

Un ruido comenzó a obsesionarla. Era como si rasparan algo duro. «¿Dónde estoy?», se preguntó sin llegar a mover sus labios que notaba resecos.

Hizo intención de levantarse y se sintió agotada. Se dio cuenta de su desnudez total bajo la sábana y la manta que la cubrían pero no se inquietó hasta percatarse de que aquél no era su apartamento, y que el olor a tabaco era distinto al que fumaba Bárbara.

—¿Quién, quién está ahí? —preguntó dubitativa.

Por la puerta de la que emanaba luz apareció un hombre con la cara medio enjabonada y una navaja barbera en la mano.

—Hum, ¿ya has despertado? Te sentirás pesada ahora, ¿verdad?

En aquellos momentos, la atractiva Shelby no hubiera sido de gran ayuda para la Cruz Roja internacional. De haberla pinchado con una aguja, de su cuerpo no habrían sacado sangre.

Se dejó caer de nuevo en el lecho, cubriéndose hasta el cuello y sollozando.

—Dios mío, tenía que acabar así.

SB-Roger seguía mirándola y rasurándose la barba por puro instinto.

—No temas, has estado de suerte.

—¿De suerte? —repitió ocultando su rostro, avergonzada—. Muchos consejos y ha tenido que ser usted, usted, el que canallescamamente se ha aprovechado de la situación, porque yo no recuerdo nada, nada en absoluto. Yo no era dueña de mi voluntad.

—Claro que no —le respondió SB-Roger, terminando de afeitarse, ya que estaba dando la segunda pasada a su cerrada barba—. Estabas como un leño.

Furiosa, incorporándose ligeramente en el lecho pero ocultándose con el embozo, le increpó:

—¡Pero ha sido tan canalla que se ha aprovechado de que yo dormía!

—Vamos, Shelby, estás pensando de más. Yo sólo te he quitado la ropa.

—¡Rufián!

—Estabas empapada por la lluvia y aterida. Te he puesto bajo la ducha de agua caliente, no iba a dejar que pillaras una pulmonía.

—¿Y nada más?

Dejó la navaja barbera, se secó el rostro y acercándose a la cama, se sentó en el borde de la misma.

—Me llaman SB-Roger, encanto, pero no por eso. No soy un puerco ni un sátiro y ahora, alégrate, porque si haces un poco de memoria recordarás lo que te sucedió en el camerino.

Un segundo bastó a Shelby para memorizar. Con voz oscura comentó:

—Sí, me dijeron que debía ir al otro camerino. Allí encontré a Valery.

—¿La profesora de *ballet*?

—Sí, ella misma. ¿Cómo lo sabe?

—Porque tuve el placer de administrarle una ración de lo mismo que ella te había dado a ti.

—Me sujetaron entre dos. Intenté gritar, pero me taparon la boca con una almohada y luego sentí una punzada en el brazo.

—Te narcotizaron. Por lo visto, ya te habían inscrito en la lista de su «ganado» y sólo faltaba marcarte al hierro.

—¿Marcar al hierro, son capaces de eso?

—Es un decir, pero hay muchas formas de marcar a una mujer.

—¿Y cómo me sacó del Papión Club?

—Hubo un poco de jaleo, pero no tiene importancia, lo que sí importa es que estás bien y no tienes que arrepentirte de nada.

Ella miró en torno suyo.

—¿Es éste su apartamento?

—Sí, y será preferible que me tutees. —El también observó a su

alrededor y encogiéndose de hombros, comentó—: Ya sé que no es una gran cosa, pero el salario de un

G-men

es bajo y los apartamentos en Manhattan muy caros.

—¿Y mi ropa?

—Está dentro de una pequeña pero efectiva lavadora que seca por aire caliente. Espero que tus ropas tengan mucho de fibras artificiales, porque lo que yo no hago jamás es planchar.

Shelby, más tranquila, se arrebujó dentro de la cama.

—En fin, esperaré a que me devuelvas la ropa. Creo que te debo disculpas, has hecho mucho por mí.

—Shelby, fui al club para hablar contigo de tu hermano. Ahora tenemos tiempo por delante y espero que los matones del Papion no se acerquen por aquí.

—Ya te he dicho que cuanto sabía se lo expliqué a los federales.

—¿Y qué es lo que les contaste?

—Pues, que era bueno y que me mantenía para que siguiera estudiando y me labrara un porvenir.

—¿Te preguntaron de dónde sacaba él el dinero?

—Sí.

—¿Y qué les respondiste?

—Que no lo sabía, es la verdad.

SB-Roger se levantó de la cama. Se acercó a la mesita que había frente a un pequeño sofá para dos y sacó un cigarrillo.

—¿Quieres fumar? —preguntó—. Te advierto que propagan el cáncer.

—No, gracias, pero puedes hacerlo tú.

—O. K. —Le prendió fuego y aspiró con fuerza. Luego, se dejó caer en el sofá diciendo—: Francamente, creí que de una charla contigo sacaría algo más.

—¿Es muy importante para ti?

—En efecto.

—Pues lo único que sé es que visitaba a Lester Cunnigan y frecuentaba el Papion Club.

—¿Les dijiste eso a los federales?

—No.

—¿Por qué?

—No pensé que tuviera importancia.

—¿Tu hermano hablaba mucho contigo?

—No era muy hablador, pero algunas veces lo hacía. En ocasiones, había frecuentado el gimnasio y cambiado algunas palabras con las compañeras y también con Valery, la profesora.

—Sería bueno que recordaras más.

—Lo siento, Roger, lo siento, no recuerdo nada.

—Ahora tienes la cabeza mal, preciosa. En cuanto puedas hacer memoria, estoy seguro de que recordarás algo que sea muy interesante.

—¿Sobre ese escandaloso secuestro del «Jumbo»?

—Correcto.

—Pero ¿qué podría recordar, si yo fui la primera sorprendida cuando supe que mi hermano había participado en él?

—No sé. Es posible que ahora que lo sabes relaciones algún detalle sobre algo que pudo decir. Por ejemplo, te diría que pensaba tener dinero y pronto, ¿verdad?

—Bueno, eso siempre lo decía, era un hábito en él.

—Mira, Shelby, haremos una cosa.

—¿El qué?

—Yo tengo amigos todavía, he averiguado cosas, he leído todo lo que se ha publicado sobre el secuestro del «Boeing-747» de la AIUSA y puedo narrarte lo que ocurrió. Quizá así puedas relacionar más cosas sobre lo que pudo decirte Clean.

—Si no tuvo tiempo para decirme nada, no nos veíamos con mucha frecuencia.

—Ese secuestro se llevó a cabo de forma muy calculada, no ha sido un acto desesperado, ha sido un plan meticuloso elaborado por un tipo que tiene mucha pasta gris dentro de su cráneo, lo que no es óbice para que le hagan pasar el resto de sus días en un penal. Los secuestros de aviones son un delito condenado por todo el mundo. Es abominable aprovecharse de la situación de personas indefensas expuestas a morir, extorsionando de este modo a las compañías aéreas.

—Sé que es detestable, por ello no me explico cómo pudo Clean participar en ese plan.

—¿Había tenido tendencia al robo?

—Pensándolo bien, creo que sí, pero no había estado nunca en la cárcel.

—Lo que le iría de perlas al organizador de este secuestro aéreo. En los aeropuertos se lleva un riguroso control de los pasajeros y a alguien con antecedentes penales, como es lógico, se le vigila más. Un gran tanto por ciento de los secuestradores aéreos comunes son tipos con antecedentes penales.

—Lo que sería difícil saber es si Clean trabajaba para alguien fijo. La verdad es que le gustaba ser libre.

—Para ser libre hay que volar sin ser ave de rapiña. En fin, te voy a explicar los hechos tal como más o menos ocurrieron según los datos que tengo, muchos de ellos basados en declaraciones de los propios pasajeros secuestrados, pues yo no estaba allí.

—Te escucho.

CAPÍTULO VI

El aeropuerto Kennedy estaba repleto de gente como ya era habitual. Los aviones despegaban y aterrizaban casi mordidiéndose la cola, y en el aire siempre había aparatos esperando su turno para tomar tierra por hallarse las pistas bloqueadas.

«Atención, atención, el vuelo uno cero cuatro tres, Nueva York-Tampa, de la compañía Air Inter United States of América, está listo para recibir al pasaje. Diríjanse a la puerta...».

Más de trescientas personas siguieron las indicaciones dadas por los altavoces de los grandes vestíbulos para el pasaje nacional.

Las maletas habían sido entregadas ya y cada cual tenía su boleto correspondiente. En las manos sólo se portaban pequeños maletines o bolsos, máquinas de fotografiar o filmadoras.

Hombres, mujeres, niños, ancianos, todos se dirigieron hacia la revisión. Muchas de aquellas personas saboreaban ya el clima de Florida. Sólo unas cuantas horas les separaban de Tampa y, de allí, muchos partirían hacia las playas de Cocoa Beach o a la propia Miami, si es que no habían encontrado pasajes para dicha ciudad.

Clean, lo mismo que sus compinches, se había mezclado entre los pasajeros con la mayor naturalidad. Entre ellos, nada, ni una mirada de inteligencia ni una palabra que pudiera delatarles.

Todo estaba planeado al minuto, al segundo. Un plan trazado por una mente matemática que había cubierto todas las posibilidades.

Un experto en psicología criminal, con aparente indiferencia y desde detrás de un mostrador, observaba a los pasajeros buscando en ellos algún gesto nervioso y no de emoción ante el inminente vuelo.

Buscaba una mirada huidiza, un rictus de inquietud, algo que delatara a un delincuente. Su mirada experta, quizá en algún momento se llenó de dudas, mas nada anormal pudo descubrir, como tampoco en los nombres de los pasajeros.

Los rayos X y la detección de metales no dieron resultados positivos, sólo los habituales mecheros, alguna pitillera, llaveros, nada de importancia, ningún revólver.

Los pasajeros se introdujeron en el «Boeing-747» que aguardaba con los motores todavía calientes del vuelo anterior. Alguien con mucha sensibilidad habría apreciado incluso el calor de las butacas usadas por los pasajeros que se habían desparramado ya por el gran Nueva York, llenándose los ojos de cosmopolitismo, de rascacielos, de abigarrado y denso tráfico.

Las aeromozas mostraban sus habituales y profesionales sonrisas aunque les estuvieran doliendo los tobillos o pensarán en el oficial que les hacía poco caso o ya estaba casado y les pedía algo distinto a lo que podía ser el matrimonio.

—Bienvenidos a bordo. El comandante de la nave, el capitán Iverson y el resto de la tripulación, agradecen su presencia en nombre de la AIUSA.

La mayoría de los pasajeros eran turistas en vacaciones y, mezclados entre ellos, distribuidos en los dos pisos y en las clases «turista» y «primera», cinco hombres que esperaban el momento oportuno para actuar.

Los motores aumentaron su zumbido, agudizándolo, y la nave comenzó a moverse en la terminal particular de la AIUSA.

Las pesadas y largas alas se balancearon y el comandante de la nave controló la pista y los baremos que tenía delante. Joseph Cody le ayudaba en el control del gran aparato con doble sistema automático para casos de emergencia.

La enorme masa de aluminio, acero y plástico, despegó su panza de la tierra para elevarse poderosa con el morro hacia el cielo.

La proa siguió ascendiendo hasta alcanzar una altura aceptable. La voz pausada de la azafata dijo por los altavoces:

—Atención, señores pasajeros, Nueva York está ya a nuestros pies. Nos hallamos a veintisiete mil pies de altura y seguiremos ascendiendo. Velocidad normal de crucero, seiscientas millas hora. Pueden desabrocharse los cinturones de seguridad, también les está permitido fumar. En caso de emergencia, observen las caretas de oxígeno...

Las indicaciones prosiguieron mientras las aeromozas se disponían a servir al pasaje lo que quisieran tomar. En aquellos momentos, un hombre alto y fornido se levantó, estirando sus pantalones hacia arriba.

Como si se dispusiera a ir al lavabo, caminó, pero en dirección

contraria. La azafata, con una sonrisa, le hizo ver su error pero el hombre tiró de la cortina que separaba a la aeromoza del pasaje y le puso un algodón empapado en cloroformo tapándole la boca. El cloroformo había salido de una pequeña botella de plástico.

Todo sucedió con inusitada rapidez.

Antes de que nadie pudiera darse cuenta, cinco hombres armados provocaron el pánico dentro del «Jumbo» y uno de ellos irrumpió en la cabina de mando al tiempo que empujaba por delante a una de las sorprendidas azafatas.

—Atención, amigos, esto es un secuestro. Si quieren salvar casi cuatrocientas vidas, hagan cuanto se les ordene.

El comandante Iverson les miró lívido y el copiloto, el capitán Cody, rabioso.

—No podrán controlar el avión —replicó el capitán Cody.

—Ya lo creo que sí. Somos cinco y todos armados. Mis compañeros están colocando ya cargas plásticas junto a las puertas y todas ellas se detonan a distancia por ondas, de modo que si uno de nosotros pulsa el resorte oportuno, todo el aparato volará hecho pedazos. La compañía perderá unos cuantos millones de dólares y casi cuatrocientas vidas. Ah, no hagan tonterías, ustedes no sabrán cuál de nosotros tiene en su poder el detonador y somos cinco. Ahora, comandante, conecte el piloto automático y vuele en círculo.

—Si me niego, ¿qué ocurrirá?

—Que todos volaremos, capitán, y no es una bravata. Por cierto, la gente se ha puesto algo histérica, será mejor que la calmen por los altavoces o alguien resultará muerto por un balazo al pretender hacerse el héroe.

—Que el capitán Cody lo haga personalmente. Su presencia les tranquilizará —indicó el capitán Iverson.

—Claro que sí, claro que sí —rezongó el secuestrador sin dejar de encañonarles—. Lo que usted pretende es comprobar si de verdad somos cinco y están colocadas las cargas. Puede pasearse por todas partes, en todo momento estará encañonado por un revólver y se cerciorará de que hay cargas preparadas.

—¿Cómo las han subido a bordo? —inquirió el capitán Iverson, comandante del «Jumbo».

—Eso es algo que le roerá las entrañas para siempre, comandante, porque no pienso decírselo. Usted, copiloto, salga y regrese pronto.

Dentro de unos segundos, los de la torre de control del aeropuerto, que nos tendrán centrados en su radar, comenzarán a chillar preguntando qué diablos pasa aquí arriba y habrá que darles la noticia.

Todo estaba planeado. El capitán Cody comprobó que no le habían mentido, allí estaban cinco hombres armados, decididos a todo y las cargas, debidamente colocadas.

También descubrió a la aeromoza dormida por el cloroformo.

Los de la torre de control se interesaron por lo ocurrido y al enterarse de la desagradable noticia se produjo la natural tensión.

En el aeropuerto se dio una alarma disimulada para que no se enterase la gran concurrencia que invadía los vestíbulos. Los retenes del cuerpo de bomberos fueron movilizados, y el FBI alertado.

—Óiganme, dentro de treinta minutos tendrán la pista de la AIUSA despejada y nada de trucos. Lo tenemos todo controlado. El avión estallaría en pedazos y además estará cargado de carburante. Ningún vehículo deberá acercarse al aparato, y por cada disparo que hagan, iremos tirando a un rehén muerto por la portezuela, de modo que díganle a los federales que si no quieren ser responsables de muchas muertes, dejen en paz los neumáticos del «Jumbo». Ahora, atiendan bien. Una vez se haya detenido el «Jumbo», se acercarán al avión dos aeromozas en bikini. Recuérdenlo bien, dos aeromozas y en bikini, porque si se aproxima alguien que no sean ellas y si están más vestidas, las abatiremos a balazos. —Mientras, en la torre de control, un grupo de personas escuchaban con la máxima tensión—. Llevarán cuatro maletas con billetes usados, de numeración no correlativa y que nosotros comprobaremos sean buenos. Después, si todo está en regla, despegaremos, y no se preocupen por el «Jumbo» ni el pasaje, serán respetados. Ah —añadió con sarcasmo—, la cantidad son cinco millones de dólares.

Todos palidecieron. El gerente de la AIUSA que se hallaba en la torre de control tras ser requerido con urgencia, replicó:

—Es mucho dinero, imposible reunir esa cantidad.

—Cuando se abra la portezuela, cada cinco minutos iremos arrojando un cadáver. De ustedes depende que un vuelo pacífico se convierta en una *massacre*. A partir de ahora no lloriqueen y pónganse manos a la obra. No habrá más contacto que en el momento del aterrizaje.

Todo el aeropuerto quedó en estado de alarma. Sin embargo, el público en general no se enteró de nada para que no cundiera el pánico en los pasajeros de otros vuelos que, en sus respectivas naves y en las pistas correspondientes, prosiguieran sus viajes con normalidad.

La nave tomó tierra. El capitán Cody sacó de alguna parte una pistola y disparó contra Clean, pero otro hombre lo hizo sobre el copiloto, asesinándolo instantáneamente.

—¡Estúpidos! —masculló uno de los piratas aéreos.

En el exterior no habían advertido lo sucedido. Transcurrió el tiempo con la duda de si se lograría capturar a los secuestradores, y a los cinco minutos justos fue arrojado el cadáver del capitán Cody por la portezuela.

Uno de los secuestradores llamó a la torre de control y preguntó:

—¿Tienen preferencia porque muera alguien especial en segundo lugar?

—¡Basta! El dinero acaba de llegar a nuestras manos —dijo patéticamente el gerente de la AIUSA.

—Pues apresúrense. No vamos a tener contemplaciones, hay mucha gente aquí dentro y varias personas se están poniendo histéricas.

—¡Dejen salir a los niños y ancianos!

—Al diablo con esas estupideces, todos se quedarán aquí y si prefieren que salga un niño, será el próximo, pero muerto.

Fue todo un espectáculo ver aparecer a las dos azafatas voluntarias en bikini. Sin embargo, sus cuerpos habían sido recubiertos de grasa para preservarse del frío. Las maletas fueron entregadas en la escalerilla del avión y ésta izada.

El «Jumbo», en medio de la histeria y el pánico general, reemprendió el vuelo rumbo a Tampa. Junto al capitán seguía uno de los secuestradores, apuntándole con su arma.

Cuando llevaban tina hora de vuelo, uno de los secuestradores apareció en la cabina de mando con un hacha y destrozó totalmente el sistema de telecomunicación.

—¡Esto es una barbaridad, no podremos establecer contacto con la torre de control!

—Ése será problema suyo, comandante. Si no lo hace bien, morirán todos sus pasajeros. Ahora, cambie el rumbo en la dirección que voy a indicarle y descienda a doce mil pies. Disminuya la velocidad al

mínimo.

—¿Por qué? Aquí no hay ningún sitio para aterrizar.

—Haga lo que le digo y se salvarán.

Parte de los pasajeros del piso inferior del aparato fueron obligados a subir al superior. Dos de los piratas aéreos midieron con pasos el suelo.

Después, con un hacha que todos ignoraban también de dónde habían sacado, comenzaron a romper el suelo hasta practicar un agujero que permitió a uno de ellos descender a la bodega de carga. De un baúl que había sido cargado con toda normalidad sacaron los paracaídas. Uno de ellos quedó sin usar, a Clean ya no le servía para nada.

Como no deseaban que fuese identificado, arrojaron el cadáver al vacío. Luego, cada uno de ellos con una maleta y el paracaídas puesto, se lanzaron al espacio desapareciendo en la oscuridad de la noche mientras el «Boeing-747» averiado seguía su curso.

No sin grandes dificultades, consiguió tomar tierra felizmente para los supervivientes en el aeropuerto de Denver.

EL FBI inició de inmediato los interrogatorios y lo que ignoraban los secuestradores era que les habían sacado fotografías con una filmadora camuflada y accionada a distancia por uno de los servidores de la nave.

Con la ayuda de perros, fueron hallados los restos de Clean y por una huella dactinecrológica fue identificado totalmente y las fotos de los secuestradores propagadas por todo el país.

Es la gran caza del hombre, pero ellos están bien escondidos con sus cinco millones de dólares. Conocemos sus rostros y hay que sacarlos de su madriguera antes de que logren escapar. Por si fuera poco, la AIUSA ofrece medio millón a quien ayude a su detención, captura y recuperación del dinero.

CAPÍTULO VII

—¿Cómo pudo ser identificado Clean por las huellas si no tenía antecedentes penales? —preguntó Shelby, perpleja.

—Por lo que he averiguado, estaba fichado por el FBI sin él saberlo por un asunto de narcóticos. Una ficha meramente preventiva pero que les daba el control de un hombre como posible delincuente.

—Yo quería mucho a Clean pero su delito fue abominable. Que Dios le perdone.

—Ya está hecho y los demás también pagarán. La inmensa mayoría de los secuestradores aéreos terminan siendo capturados. No es un negocio tan rentable como muchos hampones piensan.

—¿Crees que el FBI solucionará el caso?

—No sé, puede que sí, pero por si acaso yo trabajaré por mi cuenta. Ahora, da un vistazo a estas fotografías que aparecen en la Prensa.

—Sí, son las mismas que me mostraron los federales. Lo siento, no conocía a ninguno de ellos.

—¿Sabías que teman las fotografías?

—Sí, pero no la forma en que las habían obtenido. Creía que las habían sacado del archivo policial.

—Bien, ahora ya conoces todos los hechos. Sólo se trata de que hagas tanta memoria como puedas.

—Te juro, Roger, que si supiera algo ahora que te conozco mejor, te ayudaría.

—Te creo. Si recuerdas todo lo que te dijo tu hermano, algún lugar donde pudiera reunirse con sus compinches, algún nombre que delate al cerebro del golpe de piratería aérea, el refugio donde puedan estar escondidos ahora, esperando a que todo se calme, no dudes en decírmelo.

—Es posible que no recuerde nunca porque no haya nada que recordar.

—Sería mala suerte. De momento, voy a visitar a alguien.

—¿Relacionado con el secuestro?

—Sí. Se trata de Shepard, es el investigador privado de la AIUSA en el aeropuerto Kennedy. Es el hombre —enlace para asuntos

criminales con la policía metropolitana, con la estatal y el FBI, el puente entre la compañía aérea y la ley. Además de investigador privado es abogado, un tipo inteligente que cuando la compañía tiene algún lío determina si debe avisar a una policía u otra para solventar el caso.

—El estará al corriente de todo el secuestro, ¿verdad?

—Sí, quizá mejor que nadie. Por de pronto, él tendrá que ir entregando informes privados al consejo de administración de la compañía aérea. Desearán estar al corriente de las investigaciones. Cinco millones de dólares no son de despreciar y ese Shepard se apuntaría un buen golpe si consiguiera recuperarlos, aunque no es de los tipos a quienes guste emplear la artillería.

—Bueno, me dirás cómo puedo coger mi ropa. He de regresar a mi apartamento.

—Ni lo pienses, Shelby. Allí puede que te esperen los hombres de Cunnigan, no debes arriesgarte.

—Pero ¿qué voy a hacer mientras tanto?

—Quédate aquí, estarás segura. Encontrarás que comer en la nevera. Lo demás, está en desorden. No tuve una madre que me enseñara a colgar los pantalones de una percha.

SB-Roger terminó de vestirse una vez afeitado y guardándose la «Magnum» en la sobaquera, tomó un trago de *whisky* y se despidió de Shelby.

—Espero encontrarte aquí cuando vuelva, todavía tenemos que hablar mucho e intenta recordar.

En espera de que la compañía aseguradora le pagara el coche siniestrado en la muerte de Stepanato, SB-Roger había comprado a plazos un «Mercury» usado.

Lo había dejado un día entero en casa de un mecánico amigo suyo que perteneciera a la policía y el vehículo se había vuelto endiabladamente veloz.

Rodó en dirección al aeropuerto, el tráfico no era denso aquella madrugada. El aire era frío pero no llovía, y era una suerte que no se hubieran producido heladas.

Tras dejar el coche en el aparcamiento, se dirigió al despacho de Shepard. Gran parte del personal no había entrado aún en servicio y la oficina estaba en semipenumbra, pero conocía bien la forma de trabajar de Shepard, sus guardias, pues se turnaba con otro

compañero cuando él solía trabajar en horarios nocturnos.

Cruzó el antedespacho y franqueó la puerta del despacho del investigador privado. Sorprendió a una aeromoza en sus brazos.

—Que aproveche.

La chica, sonrojada, se ajustó las ropas y se apresuró a salir sin decir una sola palabra.

—Hola, Roger.

—¿Inoportuno?

—No, la verdad es que ya estaba algo cansado. Dentro de una hora viene mi relevo. La verdad es que a mí me gustan más las noches en el aeropuerto, está todo más tranquilo. De día, sólo niños manchándolo todo con chicles o helados, matronas gruñonas, abuelitas que se desmayan. En fin, que los viajeros diurnos son bastante distintos a los de la noche, miran de otra forma, pero ¿qué te trae por aquí tan de madrugada? Oí algo de ti con ese tipo de la Mafia. ¿No esperas represalias?

—No, la Mafia no se ocupa de mí, ya tiene bastante problema con algunos de sus miembros que cometen torpezas.

—Bien, tú dirás.

—Quería hablarte del secuestro del «Jumbo».

—Vaya, vaya, tú también olfateando los quinientos de los grandes, ¿eh?

SB-Roger miró a Shepard. Era un hombre bien cuidado pero que iba camino de entrar en carnes. Por lo que había visto, le gustaban las mujeres y no parecían escasearle, claro que gracias a su puesto en el aeropuerto tenía todo un filón. Su cabello entrecano le ayudaba a obtener éxitos fáciles con las féminas.

—Bueno, creo que no soy el único que está investigando el caso.

—No, claro que no. Desde que la compañía decidió ofrecer recompensa por la captura de los secuestradores y la recuperación del dinero, han llovido por aquí los investigadores privados, algunos verdaderamente aficionados, claro que tú eres otra cosa. A ti, el mundo del hampa te conoce. Por cierto, ¿es verdad ese rumor de que has abandonado la policía?

—¿Hay plaza vacante aquí para un tipo como yo?

—Podría ser, podría ser. Algún día me cansaré de este trabajo y mi plaza quedará vacante. No me importaría recomendar a un tipo como tú, claro que seguirías una política distinta a la mía. Seguro

que perforarías todos los aparatos a balazos cada vez que vieras a un secuestrador. ¿Sigues llevando ese cañón automático?

—Si te refieres a la «Magnum», sigue aquí. —Se palpó la sobaquera.

—Algún día, para contrarrestar el grueso calibre de tus balas, te va a salir un hampón con un *bazooka*.

—Muy ocurrente. ¿Fuiste tú quien sugirió a la compañía que ofreciera los quinientos verdes como recompensa?

—La verdad es que no, no soy de los que creen en milagros. Esos tipos hicieron bien el trabajo, son profesionales.

—Los profesionales también caen.

—Vamos, Roger, tú sabes tan bien como yo que hay muchos delitos sin descubrir.

—Y tú tampoco ignoras que un expediente no se cierra cuando el caso no está resuelto y que muchos caen al cabo de años, cuando ya se consideraban seguros.

—Si tanta fe tienes en la policía, ¿por qué la has dejado? Porque es cierto que la has dejado, ¿no?

—Tengo excedencia, el comisionado se emperrea en que continúe, pero me duelen un par de costillas y si han de achicharrarme, que sea en beneficio propio.

—De modo que vas por los quinientos.

—Sí.

—¿A dentelladas y con tu «Magnum» por delante?

—Tú conoces mi forma de trabajar.

—Sí, te vi atrapar a un par de delincuentes. Te miraban con verdadero pánico y eso que sólo los habías herido.

—Tú sabes cómo me llaman.

—Sí, SB-Roger, y parece que no te importa.

—¿Por qué habría de importarme? Si soy o no un hijo de perra, lo ignoro, lo que sí sé es que si realmente lo soy, es por accidente. En cambio, otros lo son porque hacen méritos para ello.

Shepard respiró hondo.

—Bien, creo que no has venido a hablar de ti. ¿Qué quieres saber?

—¿Lleva el caso el FBI?

—No lo sé. Además, los informes privados que recibo no estoy autorizado a mostrarlos a nadie y ahora, tú ni siquiera eres policía. Roger se sentó en el borde de la mesa. Abrió una cajita de madera de olivo, *souvenir* de Italia, y tomó un cigarrillo.

—Buena marca. Te cuidas, Shepard.

—En este cargo siempre se reciben atenciones, tanto por parte de clientes de la compañía como por miembros de la misma.

—Un puesto magnífico y desde tu ventana se controlan las pistas del aeropuerto. Tuviste suerte de pescar este «enchufe».

—En la vida hay que espabilarse. Los tipos como tú jamás tendréis un dólar porque sólo miráis la vida a través del punto de mira de una pistola.

—Siempre que al otro lado haya un delincuente. En cambio, tú sabes vivir con comodidad. ¿Se averiguó cómo pasaron las armas al interior del aparato?

—No, es un detalle que nos trae locos a todos. Se han reforzado las medidas de seguridad de la compañía, lo que fastidia al pasaje y se corre el riesgo de que elijan otras compañías para volar. Al viajero le gusta la comodidad.

—Sí, pero también le desagrada pasar peligros y aterrizar en La Habana en vez de Washington o Los Angeles.

—Una vez pasado el secuestro se pavonean narrándolo ante sus amistades. Se hacen los héroes, pero no explican a nadie que después de un secuestro hay que limpiar bien el aparato debido a las vomiteras que se producen.

—¿Se ha averiguado algo más sobre el baúl en el que introdujeron los paracaídas?

—Sí, que iba destinado a una dirección falsa de Tampa, sólo hay un solar en ese lugar. Lo tenían todo muy bien planeado. Redujeron la velocidad del aparato al mínimo para no matarse en la caída y se lanzaron al vacío y en la noche a caída libre. Debieron abrir los paracaídas a su tiempo, porque no se han hallado más restos por el FBI y los perros que los de Clean, que murió en el tiroteo dentro del aparato.

—¿El «Jumbo» está aquí en Nueva York?

—Sí. Regresó de Denver sin pasaje y con cautela para ser reparado en el hangar de la propia compañía.

—Me gustaría darle un vistazo.

—Los muchachos del FBI lo han estado observando docenas de veces, buscando huellas y detalles. Lo han dejado ya porque está en reparación. La compañía ha advertido a la jefatura del FBI que cada día que el «Jumbo» está quieto se pierden miles de dólares. No sé si

sabrás que estos aparatos se compran a plazos, valen muchos millones y la forma de amortizar los plazos es haciéndolos funcionar al máximo aunque sea sentando borregos en las butacas.

—¿Me acompañas? Mientras, podremos seguir charlando.

—Como quieras. De allí pasaré al *parking* porque ya es hora de largarme. Antes de irme telefonearé al despacho por si ha llegado ya mi relevo.

Roger tomó la maqueta de una avioneta deportiva en su mano y preguntó:

—¿Te diviertes con esto cuando no tienes chica?

—No, ésa es la maqueta de mi «Pipper-Cherokee».

—¿Posees una avioneta particular?

—Sí, me gusta volar y hace muchos años que me saqué la licencia de aviador deportivo. Todavía recuerdo que la primera avioneta que tuve fue una checoslovaca, era buena pero algo pesada. Para divertirse, lo mejor es una «Mosquito», se hacen verdaderas maravillas en el cielo, pero esta «Pipper-Cherokee» seis plazas, es más cómoda y confortable.

—Tienes gustos y placeres de millonario.

—Todavía la estoy pagando, Roger, todavía la estoy pagando, claro que lo malo sería pagar las letras de un «Jumbo».

Ambos rieron y abandonaron el despacho para dirigirse a los hangares.

La pequeña «Pipper», con su motor de cinco centímetros cúbicos, quedó inmóvil sobre la mesa del despacho. Hubiera bastado hacer girar su hélice con fuerza para que su micro pero potente motor roncara.

CAPÍTULO VIII

Lester Cunnigan solía vestir de *smoking*, ya que gran parte de su vida se desarrollaba en el Papion Club. Sus ojos tenían algo de indio y su cabello no era abundante pero sí muy negro gracias al teñido. Muy engomado, lo llevaba peinado con raya en el centro.

Colgó el auricular del teléfono y observó a los dos hombres que se hallaban al otro lado de la mesa.

—¿Cómo sigue Valery?

—Dormida —respondió el más delgado, apodado El Melenas por sus largos y crespos cabellos.

Lo que nadie sabía es que debajo de ellos relucía una espléndida calvicie. Sobre ella, con una goma muy especial, fijaba la peluca. Para ello, debía raparse el pelo a navaja cada semana, engomárselo de nuevo y esperar a que la cola quedara levantada por la propia grasa del cuero cabelludo. Utilizaba la peluca como si fuera cabello natural, hasta el punto de que podía bañarse con ella.

—Puede que despierte dentro de un rato, pero todavía duerme.

—Vamos a hacer un trabajo. Llevad las armas.

—¿Habrà fuegos artificiales? —preguntó Sidney, el irlandés, más alto y corpulento que El Melenas.

—No lo sé, mejor que no los haya pero debemos ir preparados.

De un cajón disimulado en un mueble antiguo que tenía en su despacho, Lester Cunnigan tomó un estuche de cuero y se lo guardó en el bolsillo.

—Sidney, coge una botella de *whisky* y que sea del más fuerte —ordenó.

—O. K.

—Tú, Melenas, prepara el auto.

—¿El grande?

—No, el «Honda».

Unos minutos más tarde, mientras la ciudad se hallaba en calma y apenas se escuchaban algunas sirenas de barcos lejanos que entraban en el estuario del Hudson, rodaron hacia un objetivo prefijado.

—Vamos a bajar los tres.

La orden de Lester Cunnigan fue obedecida por los dos secuaces escogidos para aquel trabajo.

—¿Es orden de Spider [2] este asunto?

—Spider no me da órdenes, sólo nos hemos asociado en esta ocasión —gruñó Lester Cunnigan, malhumorado.

Miró alrededor, receloso. Aún no se habían apagado las luces de las farolas del edificio de apartamentos. Era una gran mole de hormigón, acero y ladrillos.

Entraron en una de las escaleras del edificio y en él ascensor subieron hasta la planta catorce. Luego, Lester Cunnigan se dirigió a la escalera y comenzó a descender por ella silenciosamente.

—La gente siempre está alerta por el ascensor que llega a su planta. De este modo, si escuchan, creerán que hemos venido a la catorce y no a la trece.

Sidney y El Melenas sonrieron. Cunnigan se hacía viejo pero no perdía su astucia.

Se detuvieron frente a la puerta «C». Lester Cunnigan miró al Melenas e hizo una indicación significativa con la mano que su secuaz captó inmediatamente.

El Melenas sonrió. Oprimió un resorte disimulado de un gran medallón *hippy* que colgaba de su cuello y lo abrió, sacando de su interior una pequeña ganzúa con la que hurgó en la cerradura de la puerta mientras Sidney y el propio Cunnigan vigilaban para no ser sorprendidos.

—Ya está —advirtió— en voz baja para no llamar la atención.

Sidney sacó una

«P-38»

a la que adosó un silenciador, alargando de esta forma su cañón en un tercio más.

La puerta fue abierta con suavidad. Los tres hombres penetraron en la estancia. No parecía haber nadie, pero la luz del cuarto de aseo estaba encendida.

No tardaron en advertir que, con la puerta abierta, había alguien en su interior. Lester Cunnigan se adelantó, quedando frente al umbral.

—Hola, pequeña. ¿Has encontrado a un «pagano» fijo?

—¡Señor Cunnigan!

Shelby había quedado totalmente sorprendida ante la inesperada

visita.

—Vamos, sal al *living*, tenemos que hablar.

—¿Cómo ha entrado? Yo no les he abierto la puerta.

—Olvídate de cómo hemos entrado, pequeña, y haz lo que te digo o te va a pesar.

Shelby pensó en resistirse. Trató de cerrar la puerta del cuarto de aseo para aislarse en su interior, mas no lo consiguió. Cunnigan trabó la puerta con su zapato y de un empujón la envió hacia atrás.

El Melenas penetró en el cuarto de aseo y retorciendo la mano y el brazo de Shelby, la empujó hacia el *living*. El rostro femenino expresaba el dolor que le estaban causando.

—¡Déjenme, vendrá Roger y...!

—Nada de amenazas, pequeña, nada de amenazas. Melenas, siéntala en la butaca para que esté cómoda.

Shelby, sentada en el único sillón grande que había en la estancia, los observó con temor.

SB-Roger le había abierto los ojos con respecto a aquellos rufianes y ahora, con su actitud, ellos mismos confirmaban su catadura moral.

—Bien, ahora nos dirás todo lo que te ha dicho SB-Roger.

—¿Que me ha dicho de qué? No sé de qué me hablan.

—Vamos, pequeña, habla o tendremos que ser desagradables contigo.

—Roger me sacó del local y me trajo aquí, no sé de qué me hablan.

—Pero Roger busca algo además de ti, ¿verdad?

—Ignoro a qué se refieren.

—Melenas...

—¿Sí, jefe?

—Coge una sábana y sujétala a la butaca.

Shelby no pudo oponerse a que una sábana rodeara su cuerpo, aplastándolo contra la butaca. Aquella atadura era muy simple y no le provocaba ningún daño, pero mientras Sidney la vigilaba con su pistola, Cunnigan se dirigió al cuarto de aseo.

Al poco, regresó con una botella de colonia que mostró a la joven diciéndole cínicamente:

—Es una excelente marca y muy alta en su graduación alcohólica, casi el noventa por ciento.

Shelby lo observó interrogante, desconcertada. Cunnigan destapó la botella y la empapó de colonia, rociándosela por la cabeza y el

busto que le escoció.

—El perfume no te va, pequeña, es muy varonil.

—¿Qué pretende?

—Fumar un cigarrillo.

Cunnigan sacó un cigarrillo de su pitillera y se lo llevó a los labios. Luego, accionó su mechero frente a ella y brotó la llama azulada.

—El cigarrillo se enciende inmediatamente, pero tú arderías con más rapidez si te acercara la llama al cuerpo. Estás empapada de alcohol, te he vaciado la botella encima. ¿Te gustaría morir abrasada? Sería rápido, claro que nosotros, como no somos inhumanos, podríamos cubrirte con una manta unos segundos después y salvarías la vida, pero ya no habría quien te compusiera la piel. Quedarías horriblemente repulsiva. ¿Se acercaría a ti ese SB-Roger?

—¡No serán capaces de semejante monstruosidad!

—Será una pena estropearla, jefe, es muy bonita, pero si no hay otro remedio —rezongó El Melenas cínicamente compungido.

—El alcohol se incendia enseguida. Mucha gente ha muerto abrasada por acercarse a una llama después de empaparse en un exceso de colonia con alta graduación. Yo iré acercando la llama a tu cuerpo. Si dices lo que busca SB-Roger, apago el encendedor. En caso contrario, ya sabes lo que te espera, pero antes dime si prefieres que te apaguemos con una manta o que te dejemos achicharrar por completo.

—¡No lo hagan, por piedad!

Cunnigan fue acercando la llama al cuerpo de Shelby que no podía escapar debido a la sábana que la sujetaba a la butaca de forma indolora.

—En tu boca está tu propio destino —advirtió el propietario del Papion Club.

—Sólo sé que quiere averiguar lo ocurrido.

—¿Dónde?

—En el secuestro del «Jumbo».

—¿Y qué es lo que sabe?

—Sólo que mi hermano murió en él.

—Es poco. Quizá sepa algo más que no quieras decirnos.

—Les juro, les juro que no sabe nada más.

—¿Y por qué hemos de creerte?

—Porque Roger me pide que recuerde.

—¿Que recuerdes qué?

—Todo lo que pudo contarme mi hermano.

—De modo que por eso te salva y te secuestra en su apartamento, ¿eh?

—Roger es bueno.

—Sí, muy bueno, todo un hijo de perra —gruñó Sidney. Mirando a su jefe, preguntó—: ¿Le hago un par de ojales en esa bonita piel que tiene o prefiere el incendio?

—¡No, no, ustedes han dicho que no cometerían semejante monstruosidad! —chilló Shelby.

—Si sigues gritando, lo harás de veras, pero rodeada de fuego.

—¡Por favor, se lo suplico!

El Melenas también se puso a fumar, pero él no portaba encendedor sino un sobre de cerillas del que arrancó la última unidad.

—¿Le prendo fuego yo, jefe?

—Calma, Melenas. La chica quiere vivir y está muy asustada. Tú, Sidney, descorcha la botella de *whisky*. Con un largo trago se le pasará el miedo.

—¡No quiero beber!

—Sí, verás que es muy bueno para pasar el pánico, pequeña.

El irlandés le acercó el gollete a la boca. Shelby quiso evitarlo, mas Cunnigan volvió a encender el mechero advirtiéndolo:

—Bebe y hasta que yo te diga basta o lo pasarás mal, muy mal.

Shelby, sometida por aquellos hampones, tragó el *whisky* como jamás hubiese supuesto que podría hacerlo. Era como si un chorro de ácido pasara por su garganta.

Sufrió un acceso de tos y el irlandés separó la botella. Aguardó a que se calmara y volvió a acercársele hasta que Cunnigan indicó basta con un gesto de su mano.

—Parece que ya estás ebria, pequeña. Una pena, tan joven y ya alcoholizada.

Shelby movió su cabeza de un lado a otro.

—Bien, pequeña, ahora un pinchacito y dejarás de ser un estorbo y un peligro. Una lástima que hicieras caso a SB-Roger. En el Papion hubieras podido vivir, si no como una señorita de la alta sociedad, sí vivir simplemente.

Lester Cunnigan sacó el estuche de cuero de su bolsillo y de su

interior extrajo una aguja hipodérmica. Llevaba también varias ampollas, bien protegidas en una cajita plástica.

Abrió una de ellas e introdujo su contenido en la jeringuilla.

—¿La va a drogar? —preguntó Sidney.

—Sujétale el brazo.

El Melenas gruñó:

—Con todo el alcohol que tiene en la caldera, una dosis de narcótico erógeno será fatal. Se dormirá y no habrá quien la despierte.

Dentro de su embriaguez, la muchacha movió la cabeza negativamente. Quiso gritar, pero su boca se había vuelto estropajosa. Intentó retirar su mano, mas no tuvo fuerzas para hacerlo.

Sidney, que había guardado su arma, la aguantó y el propio Lester Cunnigan le inyectó la droga.

Con las pupilas turbias, Shelby los miró con fijeza, pero se sentía tan algononada que ya comenzaba a no entender nada.

El estómago y la garganta le dolían y sus párpados pesaban cada vez más mientras sentía arder sus mejillas.

—Melenas, quítale la sábana, que no quede rastro de violencia.

—Sí, jefe.

Shelby quedó libre en la butaca pero fue incapaz de levantarse. Sus piernas no obedecían.

—Sidney, deja caer la botella de *whisky* al suelo, junto a su mano. Que parezca que ha sido ella quien ha tomado esa resolución.

—O. K., jefe, todo quedará perfecto.

El propio Cunnigan regresó la botella de colonia al cuarto de aseo. Limpió cuidadosamente la jeringuilla con el pañuelo, sosteniéndola con él, y la acercó a la mano derecha de Shelby.

Presionó los dedos femeninos en el vidrio para dejar bien impresas sus huellas dactilares y después depositó la jeringuilla sobre la mesita, junto a la ampolla rota y vacía que había contenido la droga que, en dosis alta y unida al alcohol ingerido, era forzosamente mortal.

—Vamos, ha terminado la fiesta.

—Ha sido muy fácil. Una lástima que la chica muera, es francamente bonita —opinó Sidney.

—Tú, Melenas, cuida de que la puerta quede cerrada tal como

estaba.

El timbre del teléfono sonó en aquellos instantes de forma estridente. Los tres hombres volvieron su mirada hacia él, preocupados.

—¿Qué hacemos? —preguntó Sidney.

—Que siga sonando. Nosotros ya hemos terminado aquí.

Los tres hampones abandonaron el apartamento. El timbre del teléfono seguía sonando, Shelby lo sintió como tina barrenadora en su cerebro. Trató de reaccionar, quiso levantarse, mas no lo consiguió.

Cayó al suelo y, gateando, buscó el teléfono. Había ansia, angustia y desesperación en cada uno de los codazos que daba al piso enmoquetado para avanzar.

Consiguió llegar junto a la mesita del teléfono. Estiró su mano torpemente para descolgar el auricular cuando el timbre cesó de llamar.

Sin embargo, lo estiró, derribándolo al suelo. Junto con el aparato también cayó el bloc de anotaciones con su correspondiente bolígrafo.

Sus ojos obsesionados se fijaron en el bloc. Con un esfuerzo sobrehumano, consiguió sacar el bolígrafo y sobre la primera hoja comenzó a escribir letras, si es que podían llamarse así debido al embotamiento casi total que la atenazaba y paralizaba.

Era el inicio del coma que precedía a la muerte. No haber sufrido ya un fallo cardíaco era de por sí un milagro, pero cuando el alcohol ingerido pasara a su sangre, y ello no tardaría en ocurrir, la mezcla sería mortífera de necesidad y todo habría terminado.

CAPÍTULO IX

SB-Roger salió del ascensor como catapultado. Ya tenía el llavín en la mano y la puerta quedó abierta rápidamente. De inmediato descubrió el cuerpo de la joven tendido en el suelo.

—¡Shelby!

Se arrodilló junto a ella. No hacía falta tener olfato de sabueso para oler el *whisky* y también la colonia que la empapaba.

—¡Shelby!

La zarandeó. Vio la botella de *whisky* tirada en el suelo, manchando el enmoquetado, y el bloc de notas telefónicas. Shelby había conseguido escribir tres letras, la primera de tamaño normal, la segunda poco legible y en la tercera, la mano había sido incapaz de terminarla.

—

C-U...

Esto puede ser una N... CUN... —Vaciló—. ¡Cunnigan!

Descubrió la jeringuilla y la ampolla rota. Tomó con cuidado la ampolleta y la olió.

—Maldita sea, la han embriagado en exceso y luego la han drogado para que reviente y el forense diagnostique la muerte de una viciosa.

Envolvió en un pañuelo la jeringuilla y los fragmentos de cristal. Luego, tomó a la muchacha en sus brazos y salió corriendo mientras gruñía:

—Maldita sea, si es tarde, los mato.

En el garaje del edificio aguardaba su automóvil todavía con el motor caliente. Había llegado a toda velocidad, pues había sido él quien llamara al apartamento para comunicarse con Shelby. Al no responder ésta, se había alarmado.

El «Mercury» brotó por la boca del garaje como un huracán del averno, despidiendo calor, humo y un ronquido de motor capaz de estremecer unos muros de granito.

Se lanzó a gran velocidad por las calles de Nueva York que comenzaban a llenarse de los vehículos madrugadores que se

dirigían a sus respectivas oficinas.

No, aquéllos no eran los ejecutivos de las grandes empresas sino los modestos empleados que debían estar en sus puestos de trabajo antes que sus jefes, a los que recibirían con amplias sonrisas y el bocadillo ya engullido en sus tripas.

El cuerpo inanimado de Shelby yacía junto a él en el mullido asiento.

Pasó de un carril a otro tocando el claxon escandalosamente, provocando casi el pánico en otros conductores que hicieron chirriar sus ruedas para detenerse a tiempo y dejar pasar a aquella especie de meteoro enloquecido que era el automóvil de SB-Roger.

Un coche-patrulla que captó las infracciones al código que cometía SB-Roger sin contar ya el exceso de velocidad y el escándalo que estaba organizando por donde pasaba, inició la persecución haciendo ulular su sirena.

SB-Roger los oyó. Podía habérselos despegado, pero juzgó oportuno detenerse y el patrullero se cruzó delante suyo. De su interior brotaron de inmediato dos agentes uniformados de la Metropolitana.

—Buenos días.

—Al diablo —rugió Roger.

—Ah, es usted, inspector —dijo uno de ellos reconociéndole.

SB-Roger comprendió que aún no sabían que no pertenecía al cuerpo de policía y masculló:

—Llevo a una moribunda en mi coche. Está en coma, la han envenenado con drogas y la traslado al hospital de sangre. Es cuestión de segundos su vida o su muerte. Abranme camino a toda velocidad, rápido.

—Sí, sí, inspector, ahora mismo.

Los dos agentes obedecieron regresando a su coche ante la expectación de los que se habían detenido a su vez para observar lo que ocurría en aquella fría mañana otoñal.

A muchos de ellos les costaba un esfuerzo despegar sus párpados, todavía con legañas de un escaso sueño cortado por un maldito despertador.

Ahora, el ulular del coche-patrulla era el que abría paso. Detrás, casi pegado a su parachoques, SB-Roger conducía a gran velocidad el «Mercury».

El patrullero llegó al recinto del hospital. SB-Roger lo sorteó y debido a los coches allí estacionados, subió a la acera. Rodó por encima de los parterres y no frenó hasta la mismísima puerta de urgencias.

El conserje salió gritando:

—¡Está loco, ha destrozado los setos!

—Al diablo los setos. Llame inmediatamente al médico de guardia, es un caso de vida o muerte.

El conserje vio correr hacia ellos a los dos policías y se apresuró a retroceder para pulsar el timbre de llamada de urgencia.

Instantes después, Shelby, que había sido sacada del automóvil por el propio Roger, se hallaba sobre una camilla rodante. Un médico y dos enfermeras aparecieron corriendo.

—¿Qué ha sucedido, un accidente de automóvil?

—No, «doc». Rápido, tiene que hacerle un lavado de estómago, le han hecho tomar una gran cantidad de *whisky*.

—¿Un caso de alcoholismo agudo? —preguntó el médico acercando el estetoscopio al pecho de Shelby para comprobar si su corazón aún latía.

—«Doc», es que al mismo tiempo le han inyectado una fuerte droga para que entre las dos cosas muera.

El médico palideció tras efectuar la somera auscultación.

—Las pulsaciones son muy bajas. ¿Cuánto hace que le han proporcionado esa mezcla mortífera? Ya está en coma avanzado.

—No lo sé, quizá media, quizá una hora.

—Ha habido tiempo para que una gran cantidad de alcohol pase a las venas. No puedo garantizarle nada, el caso es muy grave.

Se llevaron a la joven a uno de los quirófanos de primera urgencia y el cabo de la patrulla se acercó para preguntar:

—¿Cómo va, inspector?

—No lo sé, habrá que esperar. Gracias por todo, muchachos.

—¿Ha sido intento de asesinato? Hemos de dar el parte.

—Aún no lo sé —mintió Roger—. Habrá que esperar a que ella recobre el conocimiento si es que hay suerte. El «doc» la ha visto muy grave.

—¿Dónde la ha encontrado?

—En mi propio apartamento. —Los dos agentes se miraron entre sí, preocupados, y SB-Roger les recomendó—: Marchaos, de este

asunto me encargo yo.

—Sí, inspector, como usted ordene.

Los dos agentes saludaron y se alejaron hacia su coche-patrulla.

SB-Roger se quedó en el banquillo, fumando pensativo, gravemente preocupado.

Pensó en Shelby y en cómo él había irrumpido en su vida. La joven no habría tenido problemas de no aparecer él, claro que la habrían convertido en una prostituta a los pocos días, pero ¿por qué asesinarla? No era su método.

Transcurrió el tiempo. Las colillas se fueron acumulando en el cajoncito de arena. Al fin, apareció el «doc» que se enfrentó con él diciéndole:

—Le hemos hecho un lavado de estómago, se le han inyectado estimulantes y hemos tratado de contrarrestar el alcohol dentro de su sangre. Por el momento no se puede hacer nada más salvo esperar.

—¿Se salvará?

—Sólo Dios lo sabe. Sigue en coma y posiblemente continuará así durante varias horas. Todo depende ahora de su propio organismo, hay que esperar que reaccione. Hacer algo más sería exponerla a morir. Le hemos aplicado hasta un estimulante cardíaco químico y otro físico externo para que no sufra parada cardíaca y su cerebro siga irrigándose. Deje su dirección y número de teléfono y le avisaremos cuando sepamos algo, pero no se puede garantizar nada. Ella lucha entre la vida y la muerte sumida en el coma, pero ni usted ni su presencia aquí podrán ayudarla en nada. Le recomiendo que vaya a rellenar la ficha de entrada y luego se marche a descansar.

—Entendido.

—Hola, Roger.

Cansado, volvió su rostro hacia quien acababa de saludarle.

—Buenos días, comisionado.

En aquellos momentos se abrió la puerta del quirófano y apareció la fémina con un estimulante electrónico sobre su tórax, mascarilla de oxígeno aplicada al rostro y una botella de oxígeno acoplada bajo la camilla. Había que dejar libre el quirófano para los accidentes de automóviles que fueran llegando.

—¿Es ella Shelby Haward?

—Veo que está usted muy bien informado.

—Es mi obligación estarlo, Roger, y tú lo sabes.

—¿Quién le ha dado el soplo?

—El FBI.

—¿La vigilaban?

—Sí, ella es una pieza importante para la solución del caso del secuestro del «Jumbo». Me preguntaron qué hacía un inspector de la Metropolitana averiguando sobre la vida y milagros de Shelby Haward. Por lo visto, estuviste preguntando en el gimnasio. Luego, ella desapareció de su apartamento y su compañera hizo el resto.

—Bien, veo que el FBI es eficiente.

—Vamos, Roger, por un simple asesinato no estaría aquí, se cometen un mínimo de seis diarios en Nueva York, pero este asunto lo lleva el FBI. ¿Qué haces tú tras esa chica?

—Antes que nada, puede decirles a los federales que la Metropolitana no le está pisando el terreno, trabajo por mi cuenta. Usted sabe que ya estaba harto del infrasalario y no me ha parecido mal que ofrecieran quinientos mil de los grandes por solucionar este caso.

—No te creía un cazarrecompensas.

—A veces, la opinión que tenemos sobre el prójimo es errónea.

—Cuidado, Roger, no puedes actuar oficialmente.

—No tema, si tengo que pegarle un par de tiros a alguien procuraré no dejar las huellas dactilares impresas en los proyectiles.

—No seas tan mordaz. En cuanto a lo ocurrido a esa chica, puede ocasionarte problemas.

—¿Problemas? Bueno, estaba en mi apartamento, alguien ha entrado y ha querido que ella muriera.

—¿Quién es ese alguien? Podrían acusarte a ti, quizá el fiscal del distrito, que no te tiene excesiva simpatía por los métodos que empleas, quiera empapelarte.

—Comisionado, aquí tengo algo para que lo entregue a los muchachos del laboratorio.

—¿Qué es?

—Una jeringuilla para inyectar drogas y el casquillo de la ampolla de cristal que han empleado para tratar de asesinar a Shelby Haward. Es posible que la jeringuilla la hayan limpiado para no dejar huellas, pero apostarí a que el casquillo de cristal no, y

cuando uno quiere romper una ampollita tiene que presionar fuerte con los dedos para sujetarlo, lo que hace que las huellas queden bien impresas.

Con sumo cuidado, el comisionado recogió las pruebas que le entregaban.

—Si sale alguna buena huella de aquí, te librarás del fiscal del distrito. ¿Hay más posibles pruebas?

—No lo sé, dejo mi apartamento a disposición de los muchachos. Aparte de las huellas de la propia Shelby y las mías, no deben haber más. Si las hay, pueden recurrir a los archivos policiales.

—¿Me das una llave de tu apartamento?

—Sí, como no. Ya me las arreglaré para dormir en un motel si hace falta.

—Roger, déjalo todo en nuestras manos, es un buen consejo. Sería una pena que tú, que has esposado a tantos delincuentes, terminaras esposado también.

—Sé cuidarme, comisionado, y no le he pedido consejo. Si la chica muere, los cerdos que han entrado en mi apartamento para tomarla como víctima, lo pagarán caro.

—Cuidado, Roger, no te asiste ningún derecho legal para detener a nadie.

—Lo tendré en cuenta. Ya le he dicho que no dejaré huellas.

El comisionado le vio alejarse, preocupado. Apreciaba a SB-Roger.

CAPÍTULO X

Descendió las escaleras que conducían a los sótanos donde se ubicaba la

Bronson's

Ballet School. Empujó la puerta y se encontró en el vestíbulo que seguía con su mal olor característico. Supuso que los lavabos tampoco serían ningún prodigio de asepsia.

Se fijó por curiosidad en las fotografías clavadas en las paredes con chinchetas y llamó su atención una de ellas. Era un bailarín saltando en el aire con rostro extasiado.

Sacó de su bolsillo el recorte de las cuatro fotografías publicadas en los periódicos y las observó a su vez hasta reconocer en una de ellas al bailarín o, por lo menos, se le parecía. Debajo de la figura rezaba un nombre: «Franky».

Guardándose las fotografías de prensa en el bolsillo, encendió un cigarrillo y penetró en el gimnasio. Las costillas ya no le dolían; debían estar soldándose bien.

Había chicas haciendo prácticas pese a ser por la mañana. Los ejercicios eran libres y cada una danzaba en la forma y manera que mejor le parecía, impulsada por una música que sólo existía en su mente.

—Hola.

—Vaya, Bárbara, haces horas intensivas.

La chica se detuvo frente a Roger, sostenida sobre la punta de Un pie y con la otra pierna en horizontal.

—Es bonita mí pierna, ¿verdad?

—Magnífica, no puede decirse que tengas grasa.

—Claro que no, puedes tocar.

—Gracias, pero por las mañanas no tomo nada fuerte. Me perjudica el estómago.

Bárbara sonrió. Después preguntó:

—¿Has secuestrado a Shelby en tu apartamento?

—¿Por qué lo dices?

—No ha venido a dormir a casa.

—¿Y...?

—Bueno, si te cansas, yo puedo ocupar su puesto.

Me gustas.

—Gracias por el ofrecimiento, pero quisiera ver a Franky.

—¿A Franky? ¿Qué Franky?

—Pues, Franky, el bailarín —replicó con gran naturalidad.

Los ojos de Bárbara mostraron perplejidad.

—¿Te estás refiriendo al que aprendió en esta escuela, al favorito de Valery?

—Supongo que sí.

—Pues no vas a encontrarlo.

—¿Por qué?

—Murió en Vietnam, era Boina Verde.

—¿Que murió en Vietnam? —repitió francamente sorprendido.

—Sí, hace alrededor de un año.

—¿Shelby llegó a conocerlo?

—No, ella entró después. En realidad, las chicas y chicos que venimos a aprender danza aquí somos poco constantes. Nos cansamos pronto de dar saltitos y obedecer órdenes que al principio nos ponen la piel de gallina, pero que luego nos aburren porque se repiten, se repiten, se repiten.

—Oye, ¿no podrías descansar tu pierna? Pareces una bandera.

—La mejor bandera de una mujer son sus piernas.

—Publicalo en el *New York Times*, quizá te paguen algo. Por cierto, tú sí eres de las constantes, ¿verdad?

—Sí. Ya te he dicho, muchas se aburren y se van, otras se colocan y yo, para colocarme de, bueno, tú ya me entiendes, ya estoy bien como estoy. Que cuando salga de aquí sea para ir a un lugar donde no tenga que hacer de rameruela camuflada que no es ni más ni menos el empleo que termina ofreciendo la señorita Valery.

—Valery, ¿eh? Por cierto, ¿ha venido ya?

—Sí, está en los vestuarios.

—¿Y los vestuarios dónde están?

—Debajo de la escalera de madera.

—Gracias, Bárbara. Opino que sí estás muy bien de formas y te deseo el triunfo.

—Gracias.

Bárbara siguió danzando, alejándose de él, mientras SB-Roger se

dirigía a los vestuarios.

Los vestuarios eran unisexo, lo que sucedía era que primero terminaban las chicas con media hora de antelación y luego dejaban las duchas libres para que las ocuparan los muchachos.

SB-Roger empujó la puerta y se introdujo en los vestuarios. Había vapor de agua flotando en el ambiente y una ducha funcionaba. El vapor de agua había empañado el espejo y reflejaba borrosa su imagen.

Los armarios metálicos eran estrechos e individuales, para guardar ropa y enseres personales. Uno de ellos estaba abierto en aquellos instantes y pegada en el dorso de la puerta había una fotografía.

«Franky», reconoció de inmediato.

La ducha cesó y se abrió una puerta de madera, despintada y empapada de agua.

Apareció una mujer hermosa, apenas envuelta en una toalla y el cabello oculto bajo un protector plástico para que no se mojara.

—¡SB-Roger!

—Hola, Valery, volvemos a vernos, este mundo es muy pequeño.

—¡Fuera, fuera de aquí!

—No es tan fácil echarme.

—¡Llamaré a la policía por abusos!

—¿Qué clases de abusos, escándalo público, satiriasis? —Puso gesto dubitativo y hundió ambas manos en los bolsillos de sus pantalones, retador—. Admito que podrías dejar caer la toalla y tirarte al suelo, gritando desaforadamente. Algunos te creerían, otros no, por supuesto, pero ¿qué ibas a ganar?

—¡Eres maldito, mil veces maldito!

—¿Qué le habéis hecho a Shelby?

—¿A Shelby? Lo mismo que tú me hiciste a mí y no creo que sea hora de recordarlo.

—No me refiero al primer narcótico para que durmiera, sino a lo de esta madrugada.

—Ignoro a qué te refieres.

—¿Estás segura?

—Naturalmente y ahora, si te vuelves de espalda, me vestiré a gusto.

—¿Cómo no? Pegado a las uñas todavía me queda algo de *gentleman*.

Se volvió mientras ella tomaba ropa de su armario y se vestía rápidamente.

—No sé nada de Shelby. Tú me inyectaste el narcótico y me dormí, no sé nada más —insistió Valery, nerviosa, aunque trataba de disimularlo.

—¿En qué relaciones estás con Lester Cunnigan, sólo como proveedora de chicas ingenuas que quieren conquistar el mundo y terminan ejerciendo la profesión más antigua en la mujer?

—Si quieres acusarme de algo, ve y cuéntaselo al fiscal del distrito. SB-Roger, que había tratado de aparecer calmado e irónico, se giró bruscamente y la tomó por el brazo. Ella tenía puesto ya un ligero vestido y su cabello no estaba oculto por la bolsa de plástico que lo protegía del agua.

—En estos momentos, Shelby está muriendo, o quizá haya muerto ya, y te prometo que si acuso a Cunnigan de homicidio, tú irás detrás como cómplice de asesinato. Te vas a pudrir el resto de tus días en la cárcel.

—¿Asesinato? No te entiendo.

—Pues será conveniente que vayas enterándote, preciosa, porque las pruebas ya están en el laboratorio de la policía. A Shelby la obligaron a ingerir una sobredosis de alcohol y le inyectaron una droga muy fuerte para que la unión de ambos productos la matara. La chica se halla en estado de coma en el hospital y hay mucha gente interesada en que sobreviva. Si muere, no vais a ver más que rejas, hormigón y acero, alrededor por el resto de vuestros días.

—Si pretendes asustarme, te equivocas, yo no sé nada. Sólo soy profesora de baile y coloco a las chicas en clubs. Lo que sea de ellas después, no me importa. De muchas, jamás he vuelto a saber nada.

—Vamos, todavía puedes redimirte de tus penas si es cierto que no has tenido que ver con lo que le han hecho a Shelby.

—¡Yo no sabía nada, nada!

—Y de Franky, ¿sabes algo?

—¿Franky? —exclamó con sorpresa.

SB-Roger la estaba observando y no se le escapó el temor que se reflejó en las pupilas femeninas.

—Sí, Franky, ya sabes a quién me refiero.

—No sé nada, no sé de qué me hablas.

—Te conviene hablar. La justicia es indulgente con los arrepentidos.

—Deja de acosarme o me quejaré a mi abogado.

—Vaya, si tienes abogado y todo. ¿Pertenece a la Mafia?

—¡No toleraré más insultos!

—Correcto, pero estás envuelta en un asunto muy feo y como no te salgas a tiempo, vas a pasarlo muy mal. En lo que se refiere a Shelby, mejor será que si muere tú estés en Brasil o en cualquier otro país donde no exista extradición.

—¡No podrán acusarme de nada en absoluto!

—No te pongas histérica y razona un poco. Piensa en si vale la pena callar. Tienes una belleza que sabes conservar, una amiguita más o menos puede disimularse, pero si vas a la cárcel puede que sea hasta que revientes, claro que a lo mejor tienes suerte y sales a los cincuenta. Sin embargo, con la vida que se lleva en un establecimiento penitenciario, saldrás hecha una bruja.

Valery, furiosa, trató de abofetearle, pero SB-Roger le sostuvo la mano en el aire. Con voz ronca advirtió:

—A mí sólo me pegan las mujeres cuando yo dejo que me peguen. Ahora, te doy la última oportunidad para que me hables de Franky.

—No puedo hablarte de él porque ha muerto.

—Sí, en Vietnam, hace un año.

—Si lo sabes, ¿por qué preguntas?

—Porque en las guerras, a muchos se les da por muertos y luego aparecen en otra parte. Hoy en día, el Gobierno alemán todavía no se explica qué ha sido de novecientos mil soldados alemanes que desaparecieron en la pasada guerra mundial.

—No sé nada. Si no estás contento con lo que sabes, vete a quejar a la Military Police.

—Es una buena sugerencia y tú ya puedes ir corriendo a ver a Cunnigan. Dile que estás muerta de miedo y que no debieron intentar el asesinato de Shelby. Ha sido una torpeza estúpida que pagaréis muy cara.

SB-Roger la dejó, furiosa y reconcentrada en sus propios temores.

CAPÍTULO XI

SB-Roger entró en el despacho del capitán Williams de la Military Police.

Williams era el hombre encargado de mantener las buenas relaciones públicas entre la MP y la policía metropolitana de New York.

—Hola, Roger. ¿Algún problema con mis muchachos? ¿Tienes a alguno metido en un calabozo por bronca de taberna?

—No, Williams, no se trata de eso. Además, vengo particularmente y no en nombre de la policía.

—¿Investigación fuera de servicio?

—Algo así.

—Bien, tú dirás. ¿Quieres un cigarrillo?

—Sí, gracias. —Lo tomó y procedió a sacar de su bolsillo las fotografías publicadas en la Prensa.

—¿Has visto alguna vez a estos tipos?

El capitán Williams no era un hombre que respondiera sin pensar. Las observó y luego negó con claridad:

—Jamás.

—Pues me gustaría que los identificaras.

—Aguarda. Esas fotografías las he visto publicadas en los periódicos y también en televisión. Se les busca por lo del «Jumbo» secuestrado, ¿verdad?

—Exactamente.

—Creí que ese asunto lo llevaba el FBI.

—Y así es, sólo que yo también he metido mi hocico en el pastel.

—Aguarda, aguarda, vas a tener problemas con los federales. Ya sabes que son muy quisquillosos cuando se pisa su terreno y ahora me quieres involucrar a mí.

—Todo lo contrario, creo que puedo hacerte un buen servicio.

—¿A mí? —preguntó, suspicaz.

—Sí. Tengo la sospecha de que estos tipos, o por lo menos alguno de ellos, es soldado.

—No pretenderás que repasemos las fotografías de todos los jóvenes

que están en el ejército, ¿verdad? Sería más laborioso que enviar un «Apolo» a la Luna, y los de la Military Police no tenemos el presupuesto de la NASA.

—Te será más fácil buscar entre los desertores muertos y desaparecidos. Por lo menos a éste —señaló a uno de los fotografiados— se le dio por muerto en Vietnam hace cosa de un año.

—¿Pretendes que no hay muerto?

—Podría ser.

—¿Cómo se llama?

—Franky.

—¿Franky qué más?

—No lo sé, pero los que secuestraron ese «Jumbo» sabían bien lo que era un avión y parecían perfectamente entrenados para saltar en paracaídas a caída libre. Tenían una serie de conocimientos para el trabajo que llevaron a cabo y que no son comunes en un ciudadano, ni siquiera en un hampón normal de New York.

—¿Crees que pudieron ser desertores?

—No digo que lo fueran todos, pero podían haberlo sido varios de ellos. En fin, averigua lo que puedas, quizá al final os disputéis la presa entre el FBI y la MP, Ah, investiga también acerca de si Clean Haward estuvo en Vietnam con los Boinas Verdes. Podría ser que averiguando su lugar de servicio resultara más fácil hallar la identidad de los demás y la conexión.

—¿Insinúas que ya formaban equipo en Vietnam?

—Sólo trato de buscar soluciones, mi capitán. Los datos de comprobación te toca obtenerlos a ti.

—Por todos los diablos, que vas a darme trabajo, pero creo que valdrá la pena.

—Gracias, Williams. Te llamaré para pedir datos.

—Intentaré conseguirlos pronto. Si pertenecen todavía al ejército y son desertores, van a tener muchos más problemas cuando sean arrestados.

—Eso espero.

Al término de aquella entrevista, SB-Roger tomó *su* coche y rodó hacia el hospital.

Con paso rápido, tras detenerse en información, se dirigió a la habitación donde había sido instalada Shelby. En la puerta había un

agente uniformado, custodiándola.

—Buenos días, inspector Roger —saludó el agente.

—Hola —saludó sin detenerse a explicar que ya no pertenecía al cuerpo.

En el interior de la habitación había una enfermera y el médico que recibiera a Shelby nada más ingresar en el establecimiento. Éste le miró y sonrió levemente.

—¿Ha habido suerte, doc?

El facultativo asintió con la cabeza.

—La muchacha es fuerte y ha reaccionado favorable mente al tratamiento. He de tardar unos minutos más, habría pasado mayor cantidad de alcohol a la sangre y junto con la droga, hubiera perdido la vida. Jóvenes con una intoxicación menor que la suya han sido recogidos cadáveres. Toman drogas y beben alcohol en abundancia en fiestas estúpidas. Luego, en uno de sus «viajes», sobreviene la muerte. En el caso de la señorita Haward, los estimulantes y la politerapia cardíaca la han salvado.

—Gracias, doctor. Habría sido una pena que muriera, ella no es alcohólica ni drogadicta.

—Cualquiera Opinaría lo contrario por su estado, pero ya he visto que no tiene pinchazos en su cuerpo a excepción de otro en el brazo.

—La inyectaron para dormirla. Por cierto, doctor, ¿cuándo recuperará el conocimiento?

—De un momento a otro, pero estará muy agotada. No es aconsejable que la perturbe.

—Quiero hablar un poco con ella. Interesa que acuse verbalmente a quien atentó contra su vida.

—Bien, inspector, es su obligación, pero la mía es conservar su vida. Espero lo tenga en cuenta.

—Correcto, doctor.

El médico salió de la habitación y la enfermera le observó de reojo. SB-Roger se sentó junto a la cabecera de la cama. Shelby dormía y respiraba lentamente. Todo su cuerpo tenía una laxitud completa. No había crispación alguna en ninguno de sus músculos o articulaciones.

Con un movimiento automático, Roger sacó un cigarrillo, pero la enfermera la atajó Tapida:

—No fume, por favor, la perjudicaría.

Quizá fue la voz de la enfermera, pero Shelby comenzó a abrir los párpados para mostrar sus grandes pupilas de un azul intenso.

—Shelby, ¿te encuentras bien?

La joven movió la cabeza hacia el hombre, pero su mirada no estaba muy fija. Era como si otras visiones se interpusieran entre ambos.

—¿Quién es usted?

—Roger. Acuérdate, estabas en mi apartamento. Fue Cunnigan quien te hizo beber, ¿verdad?

—Cunnigan, Cunnigan..., Dios mío, todo está lleno de serpientes... Pozos, muchos pozos, huele mal... ¡Clean, Clean, algún día te matarás al lanzarte al vacío, un día te matarás! Serpientes, serpientes, muchas serpientes... Clean, Clean —sollozó—, ya has muerto.

La enfermera miró a Roger, comprensiva, y dijo:

—Aún tiene algunos desequilibrios psíquicos. Ha de recuperarse con lentitud y el doctor ha recomendado no atormentarla con recuerdos desagradables.

—Entiendo. —Sin embargo, tomó la mano de Shelby y la oprimió con suavidad—. ¿Adónde iba Clean con su paracaídas, Shelby?

—A la guerra, a la guerra... Clean, no vayas, no es bueno ir a la guerra.

—Tu hermano ya se licenció, Shelby, ya volvió de la guerra. ¿Adónde iba ahora con el paracaídas?

—Por favor, deje de interrogarla o tendré que llamar al doctor. ¿No ve que está todavía bajo una gran tensión psíquica? Sus pensamientos, incluso lo que ve, no están claros. Ahora mismo puede vernos deformados, con los colores invertidos.

—No, no, veo bien, todo es claro ahora. Muy azul, muy plácido... ¿Dónde estoy?

—A salvo. No se salieron con la suya, Shelby.

La enfermera, molesta, abandonó el cuarto para ir en busca del médico.

—Me querían quemar viva, luego me hicieron beber mucho y me pusieron una inyección. Roger, Roger, ¿eres tú?

—Sí, Shelby.

El hombre se sintió blando por primera vez en su vida. Era como si

estuviera dejando de ser el SB que todos conocían dentro del mundo del hampa.

—Tengo miedo, volverán a intentar matarme —gimió.

El médico se presentó en la habitación pidiendo:

—Por favor, déjela tranquila. Lo que pudiera decir ahora tampoco le serviría de mucho, debe confundir la realidad con los sueños. No ha sido una narcotización normal la que ha sufrido. En un día o quizá unas cuantas horas estará más lúcida.

—De acuerdo. —Se levantó y estrechó la mano de Shelby, diciéndole—: Tranquila, tranquila, que ya estás a salvo. Volveré.

SB-Roger abandonó el hospital Tenía una idea fija y con el antebrazo comprobó que la abultada «Magnum» estaba en su sobaquera.

CAPÍTULO XII

La puerta del club estaba cerrada. La ajada decoración selvática de la entrada lucía triste, despintada, como si la luz solar la empobreciera.

Era como una mujer pública que, vista siempre en la penumbra discreta y favorecedora, despertara de súbito ante la luz implacable del sol, denunciando sus arrugas, las bolsas de sus ojos, la decoloración de su piel, la escasez de su cabello, las pestañas postizas y unos dientes que los años iban malformando. Lo mismo les ocurría a aquellos papiones que con rostro estúpido miraban a la calle.

Valery penetró en el oscuro vestíbulo de la escalera lateral. De su bolso sacó un llavín que introdujo en la cerradura de una puerta que había en el rellano, muy al fondo.

Aquella puerta comunicaba el club con la escalera de la que Lester Cunnigan era propietario. Lo que antes fueran viviendas había sido convertido en lugares de vicio y degradación.

El interior de la sala aparecía totalmente vacío, muerto, como si fuera el panteón de algo que en vida hubiera sido falsamente alegre, ya que más que alegría y diversión, lo que se manejaba allí dentro era dinero, alcohol, drogas y vicio en toda la extensión de la palabra.

Encendió una luz piloto que le iluminó el camino hacia la cortina de terciopelo azul oscuro, y ya muy ajada. La cruzó y el corredor apareció ante ella, iluminado también con una débil bombilla. Escuchó voces y, súbitamente, por una puerta salió un hombre que la apuntó con su pistola.

—¡Quieta!

—¡Sidney!

—Ah, eres tú, Valery.

—Sí, guarda tu pistola, puede disparársete.

—Has venido muy pronto, ¿no?

Valery no le respondió. Caminó y franqueó el umbral de la puerta del despacho de Lester Cunnigan. El estaba dentro, y también El

Melenas.

El despacho era amplio, con decoración pesada y barroca. Carecía de ventanas y sólo tenía una tubería con un extractor que renovaba el aire.

Cunnigan la observó sorprendido tras su pesada mesa.

—¿Cómo tan temprano por aquí, Valery?

—¿Qué le habéis hecho a la chica?

Cunnigan sonrió cínico.

—¿A qué chica te refieres? Ya sabes que aquí tenemos muchas.

—Sabes muy bien que estoy hablando de Shelby.

—Muchachos, ¿qué le ha sucedido a Shelby? —preguntó, siempre cínico, el bien trajeado Cunnigan. Su cabello estaba perfectamente peinado con raya en el centro.

—¡La habéis asesinado! —replicó furiosa Valery, al ver que los hombres de confianza de Cunnigan se encogían de hombros.

—¿Ah, sí? Es la primera noticia.

—Cunnigan, te creía más listo, pero esta vez te has pasado. Ese hijo de perra de Roger sabe que habéis sido vosotros.

—Lo supondrá y eso, ante un jurado, no tiene validez alguna, Valery. Te pones histérica por nada.

—No, yo sé que él tiene pruebas. Además, llegó a tiempo de meter a Shelby en el hospital y no es seguro que muera.

—¿Que está en el hospital y viva? —Gruñó Cunnigan, ahora perplejo.

El Melenas, también sorprendido, exclamó:

—¡Si era mortal de necesidad!

—Cuando se meta de por medio SB-Roger, no hay nada mortal de necesidad a menos que os refiráis a vuestras propias vidas. Por lo visto, ese sabueso se ha enamorado de la chica, está rabioso y va a clavar sus colmillos a cuantos se le pongan por delante.

—Sigues muy histérica, Valery. No debes tener tanto miedo, nosotros controlamos la situación.

—¿Por qué teníais que asesinarla?

—Nadie ha muerto todavía, que yo sepa.

—No te hagas el cínico, Lester.

—Valery, te vas demasiado de la lengua. Tú misma inyectaste un narcótico a la chica.

—Sí, pero no fue el mismo con el que habéis tratado de asesinarla.

—Eso, la policía no lo sabe, de modo que estate calla —dita y no pasará nada.

—¡No soy cómplice de asesinato! —espetó, furiosa.

—¿Es que ese SB-Roger te ha acusado de complicidad en asesinato?

—¡Sí!

—Y seguro que te ha prometido ser indulgente contigo si hablas, ¿no?

—Pues bien, ya que lo has dicho, si.

—De modo que has venido a aclarar la situación, a saber si te conviene venderme o todavía puedes seguir chupando de la vaca que es este club para ti.

—Yo no quiero vender a nadie, pero si hay crímenes de por medio, quiero lavarme las manos.

—Tienes miedo, ¿eh? Mucho miedo.

—El asesinato es cosa muy seria, Cunnigan, Jamás hablamos de asesinato.

—No, sólo has hablado de proxenetismo. Has perdido a todas las chicas que han confiado en ti, sólo eso. ¿Sabes que, en ocasiones, algunas se han suicidado al verse con el barro hasta el cuello y sin escapatoria?

—Si se suicidan no es asunto mío.

—Entonces, tú no temes al crimen si no a la represalia de la ley contra el crimen. Valery, creo que vamos entendiéndonos.

—Será mejor que dejemos de hacer negocios, Lester, y ahora te agradecería me dijeras dónde está Franky.

—Franky, tu niño bonito, tu niño precioso. Eres demasiado vieja para él.

—Estúpido. Tú sabes que Franky me ama.

Lester Cunnigan se rió. Luego, dijo:

—Te conservas bien, pero Franky ha comenzado a fijarse en otras jóvenes. Además, ahora va a ser rico, muy rico.

—No me dijisteis nada, creíais que sería idiota, pero he reconocido la foto de Franky en los periódicos. El fue uno de los que secuestraron el «Jumbo». Cinco millones de dólares... ¿Cuánto le corresponde a Franky?

—Por su trabajo, medio millón. Todo está bien repartido, Valery. Medio millón para Franky y otro medio millón para cada uno de tus tres compañeros.

—¿Y tú te quedas el resto sin haber expuesto la vida?

—Yo he reunido el equipo, pero no soy el jefe. Sólo me queda un millón.

—¿Y los otros dos millones restantes?

—Son para Spider, él es el cerebro del plan. Ha salido todo como él lo planeó. No es fácil secuestrar un avión, muchos que lo creen así terminan cosidos a balazos. Spider sabe bien lo que hace.

—¿Dónde está Franky? Quiero saberlo, tiene que coger su dinero y huir, SB-Roger lo ha identificado.

—¿Cómo?

—No lo sé, pero lo ha identificado y no se ha creído que murió en Vietnam hace un año. Es un sabueso de exudado y terminará averiguando la identidad de los demás. Me lo dijo y yo lo creo.

—Habrá que eliminar a SB-Roger —rezongó El Melenas.

—Lo que hay que hacer es desaparecer durante un tiempo. —Miró a Valery—. Seguro que poniéndote nerviosa te lo ha sonsacado todo.

—Yo no he dicho nada, pero ha reconocido la foto de Franky que está clavada en el vestíbulo de la academia de Bronson. Ese tipo tiene ojos de águila, es un sabueso nato.

—Sí, y posiblemente tú tengas el retrato de Franky entre algodones dentro de tu armario.

—No digas tonterías.

—Valery, tú protegiste a Franky, pero desde que él se fue a Vietnam se comenzó a cansar de ti. Me lo ha dicho en más de una ocasión.

—¡Mientes!

—Tienes que ver las cosas claras, Valery. Aunque te conserves bien, eres vieja para él. Franky cogerá su dinero, montará su propio negocio y tú no formarás parte de él.

—¡No se saldrá con la suya! Sin mí, Franky no habría sido nada.

—¿Y qué es ahora? Un ladrón, un secuestrador de aviones buscado por todo el mundo. Se tendrá que gastar unos miles de dólares para desfigurarse el rostro con un buen cirujano. No, Valery, tú no lo has hecho grande, sólo le has abierto los ojos a la vida que todos nosotros llevamos. En cuanto a ti, ya estás decadente. Puedes seguir ejerciendo tu oficio de proxeneta hasta que te mueras y las chicas que formen tu rebaño escupan sobre tu cadáver.

—¡Eso jamás!

Valery, furiosa, abrió su bolso disponiéndose a sacar una pequeña

pistola que guardaba en su interior. Mas, Lester Cunnigan ya había abierto el cajón de su escritorio y extrajo una «Luger» con la que hizo dos disparos a corta distancia, alcanzándola en el pecho.

Valery se tambaleó. Abrió la boca para gritar, sin conseguirlo. Se agarró a la mesa y tampoco pudo sostenerse. Al fin, se derrumbó en el suelo.

Sidney y El Melenas miraron a su jefe interrogantes.

—¿Qué hacemos con ella?

Lester Cunnigan no respondió. Dejó la pistola todavía humeante sobre la mesa y llamó por teléfono. Aguardó impaciente oyendo el sonido agudo de la llamada hasta que, al otro lado, una voz masculina preguntó:

—¿Quién es?

—Soy Cunnigan, Spider.

—¿Qué ocurre?

—Hay que darse prisa, la cosa se pone fea. SB-Roger está tras de nosotros, ha sonsacado a Valery, una profesora de *ballet*.

—¿Valery?

—Sí, era la que protegía a Franky. Una vieja que le enseñó a bailar y se había enamorado de él.

—Entiendo. Coge el coche y ponte en marcha.

—¿Hacia la Larch Resin Factory?

—Sí, yo vendré en su momento. Allí estaremos seguros.

—De acuerdo.

Cunnigan colgó el teléfono y se puso en pie. Dio una ojeada a Valery, que yacía en el suelo y ordenó:

—Id a preparar el coche grande y llenadle el depósito de gasolina. Poned también un par de latas de ocho galones en el portaequipajes.

—¿Viaje largo, jefe? —inquirió Melenas.

—Sí —respondió.

—¿Y ella? —preguntó Sidney señalando a Valery.

—Metedla en un saco, nos la llevaremos en el portaequipajes y la haremos desaparecer en su momento. Limpiad las manchas de sangre, no debe quedar rastro de lo ocurrido aquí. ¿Entendido?

—Sí —asintieron los dos secuaces, poniéndose manos a la obra.

CAPÍTULO XIII

SB-Roger se enfrentó con la puerta del Papion Club. Estaba cerrada. Recordó la fortaleza de la puerta posterior que daba al callejón y se dijo que sólo con un demoledor ariete podría entrar por ella.

Reparó en la escalera que se hallaba junto a la entrada principal del local. Pasó a su interior y no tardó en detenerse frente a la puerta que supuso daba al club.

Miró alrededor. Comprobó que nadie le veía y, utilizando una ganzúa, abrió la puerta sigilosamente. Penetró en el local, iluminado por una tenue bombilla piloto.

Sorteó las mesas con las sillas puestas encima, patas arriba, y se dirigió hacia la cortina de terciopelo azul que ya conocía. Al llegar al corredor escuchó voces.

—Todavía está viva.

—Bab, con los dos balazos que tiene no tardará en morir. ¿Para qué rematarla? No tiene esperanza alguna —gruñó otra voz más cavernosa.

Aquellas palabras fueron suficientes para que SB-Roger sacara de su sobaquera la abultada y poderosísima «Magnum».

Cauteloso, se aproximó a la puerta abierta cuando, de repente, apareció en el umbral El Melenas, que le descubrió de inmediato, alertando a su compañero:

—¡SB-Roger!

En tres zancadas, Roger se pegó a la jamba de la puerta y advirtió entre dientes:

—Salid con las manos en alto o lo haréis con los pies por delante.

La respuesta de los dos bandidos fue un disparo.

SB-Roger, dispuesto a hacerles frente y a averiguar quién había recibido dos balazos, no advirtió que, tras la primera detonación, la puerta que había al final del corredor y que daba a la calleja, se cerraba con suavidad. Poco después, ion coche roncaba alejándose rápidamente.

—Vamos, todavía tenéis una oportunidad.

Le replicaron con dos disparos. Uno de ellos apagó la luz del

despacho y SB-Roger comprendió que si se ponía en el umbral y debido a la luz del corredor, quedaría bien perfilado y sería un blanco perfecto.

Hizo un disparo hacia el interior del despacho y el estruendo les ensordeció. Algo cayó hecho pedazos escandalosamente.

—No sé si tendré que gastar varias balas, pero a quien le acierte, con el grueso calibre de mi pistola no va a poderlo contar.

—Sidney, será mejor entregarnos. Esto es una ratonera, no tenemos escapatoria.

—Cállate, Melenas, está solo.

—¡Yo me entrego! —exclamó El Melenas, que había llegado gateando hasta cerca de una lámpara de pie.

Al encender la luz, Roger saltó frente a la puerta. Sidney se había puesto en pie para disparar contra su propio compinche por considerarlo un cobarde, pero SB-Roger jaló de nuevo el gatillo de su enorme pistola.

Para ello, como era habitual, había montado su mano izquierda sobre la muñeca derecha, sujetándola con fuerza para que tras la detonación, el retroceso de la gran pistola no elevara excesivamente su cañón y el siguiente disparo no tuviera fiabilidad.

Brotó un pequeño fogonazo y el humo de la pólvora quemada.

El brazo armado del irlandés fue empujado con violencia y su húmero partido por la gruesa bala de la «Magnum» mientras le caía la pistola.

—Quietos los dos. Vamos, cara a la pared.

Los dos secuaces de Cunnigan obedecieron. SB-Roger miró a la mujer tendida en el suelo, sobre la alfombra que había empapado con la abundante sangre manada de su pecho.

—SB-Roger... —musitó.

—Tenías que acabar así, Valery.

—Ha sido Lester Cunnigan.

—¿Cunnigan, dónde está ahora?

—Se ha ido —dijo la mujer de forma apenas audible, vacilante.

—¿A dónde? —apremió Roger.

—A la Larch Resin Factory. Allí está el dinero del «Jumbo».

Sidney y El Melenas la observaron preocupados, y el propio Melenas se apresuró a objetar:

—Yo no sé nada del «Jumbo», no soy secuestrador aéreo.

—Tenía ganas de cazar a Cunnigan y me he traído unas esposas en el coche. Por suerte no las había devuelto al cuerpo de policía.

Esposó al Melenas con las manos a la espalda y después lo hizo sentar en el suelo. Con otro juego de esposas, sujetó la mano sana de Sidney y con la cadenita que unía ambos grilletes, cruzó las esposas del Melenas. Miró a Valery, que había quedado con los ojos abiertos, y sin vacilar tomó el tobillo aún caliente. Cerró alrededor del mismo la esposa pareja a la que sujetaba la mano de Sidney. De esta forma, los tres quedaron unidos.

—¡No me sujete a la muerta! —masculló Sidney que rabiaba por el dolor de su herida.

—Cierra la boca o tendré que cerrártela yo.

Tomó el teléfono y marcó un número. Poco después, escuchó una voz conocida:

—¿Diga?

—Comisionado, soy Roger.

—Ah, hola. ¿Te has metido en nuevos líos?

—Creo que sí. Envíe a algunos muchachos al Papion Club, hay una mujer asesinada.

—Oye, Roger, tú solo sacas moribundos o cadáveres de todas partes. Tendrás pleitos con el fiscal.

—Seguro, con el fiscal del distrito, el fiscal federal y el militar, pero tengo buenos dientes y puedo defenderme sin consejos, comisionado. Mande a algunos muchachos, Valery, una profesora de baile, ha sido asesinada por Lester Cunnigan según propia confesión de la víctima. Yo soy testigo y aquí hay dos más.

—¿Dos más, también muertos? —preguntó asustado el comisionado.

—No, uno está herido y el otro sólo esposado. Son secuaces de Cunnigan y ya tengo la pista de los secuestradores del «Jumbo».

—¿Ah, sí? ¿Cuál es? ¡Habla pronto!

SB-Roger sonrió y colgó el teléfono. Inmediatamente llamó a un amigo que operaba en Wall Street.

—Herbert al habla.

—Soy Roger.

—Ah, hola, Roger, cuánto tiempo sin hablar contigo. ¿Qué favor vas a pedirme?

—Siempre tan psicólogo, Herbert —le respondió.

—Te conozco, tú no pierdes el tiempo.

—Bien, pues al grano. Quiero saber dónde se ubica una factoría de resinas llamada Larch.

—Aguarda, miraré el directorio químico.

—Espero.

Transcurrieron varios minutos y al fin volvió a escuchar la voz del profesional de la Bolsa:

—En el anuario de este año no está.

—Mira en los anteriores, puede estar cerrada.

—Está bien, un momento.

De nuevo hubo espera, esta vez más larga. Roger temía ya que de un momento a otro se presentaran los coches policiales, interrumpiendo la conversación. Si el comisionado lo encontraba allí, lo acosaría a preguntas. Ya debía haber dado parte a los federales de la supuesta pista de los secuestradores del «Jumbo».

—¡Roger!

—Te escucho, Herbert.

—Sí, hubo una Larch Resin Factory, pero hace dos años que quebró.

—¿Dónde está?

—En Ohio, carretera trescientos cuarenta, milla ciento diez. Es lo único que puedo decirte.

—Me basta y gracias, Herbert.

—Hasta la próxima.

El agudo oído de SB-Roger captó el lejano ulular de los coches-patrulla y se apresuró a abandonar el despacho. Utilizó la puerta posterior para salir y, ya en la calle, vio llegar a los patrulleros que cercaron el edificio.

Corrió hacia su «Mercury», lo puso en marcha y partió a gran velocidad. Tenía muchas millas por delante.

CAPÍTULO XIV

SB-Roger se sentía ya agotado frente al volante del «Mercury» que conducía al tope de velocidad permitida, ya que no deseaba que ningún motorista de la carretera le detuviera por infracción al código.

Había cargado en dos ocasiones el depósito de carburante al máximo pero, al fin, rodaba por la carretera trescientos cuarenta del estado de Ohio. Para ello, había tenido que proveerse de un mapa de carreteras de la zona.

Aquel territorio era llano y con abundantes bosques de pinos, de los que posiblemente la factoría, en sus tiempos de esplendor, había extraído las resinas, enviándolas al mercado industrial específicamente para elaborar pinturas.

Descubrió el muro que circundaba la factoría. Su puerta estaba cerrada y bastante oxidada.

Pasó de largo para que no repararan en él, pues supuso que vigilarían la zona. Tras alejarse un kilómetro, introdujo el coche entre los árboles y descendió del mismo, guardándose un par de petacas para la pistola en el bolsillo.

Retrocedió y dio un rodeo a la factoría abandonada. En su lado sur descubrió una gran explanada cubierta de hierba silvestre. No era muy ancha, pero su longitud sobrepasaría a la de dos campos de *rugby*. En sus tiempos, quizá almacenarían en ella los bidones de resina ya elaborada.

A distancia, descubrió un automóvil frente al edificio de oficinas. Se acercó a ellas por detrás para no ser descubierto.

Trepó por una escalera procurando no ser visto desde las ventanas cuando alguien irrumpió fuera de las edificaciones, descubriéndole y disparándole como primer saludo.

SB-Roger se revolvió sentándose en un escalón y replicó a través de la baranda, donde se había incrustado el plomo asesino.

Aquel tipo quedó tendido en el suelo, pero el balazo había alertado a los demás.

Trepó los escalones que le faltaban y de una patada derribó la

puerta, saltando al interior del edificio con la pistola por delante. Por otra puerta apareció un sujeto armado al que Roger identificó inmediatamente como a uno de los fotografiados en el secuestro aéreo. Cruzaron disparos.

Una bala le perforó la ropa y le rozó la piel. Roger hizo dos disparos sosteniendo siempre la muñeca derecha con la mano izquierda debido al gran retroceso de la potentísima pistola. Aquel asesino fue materialmente lanzado de espaldas.

Corrió por el interior del edificio y descubrió cajas con víveres almacenados para el tiempo que los secuestradores, según el plan trazado, debían permanecer ocultos hasta que todo se tranquilizara. Un hombre semejó volar al saltar de una escalera, demostrando poseer una agilidad fuera de lo común. Era Franky, el paracaidista y bailarín que, mientras caía, efectuó varios disparos contra Robert.

Éste, que se había tirado en plancha al suelo, disparó la «Magnum» lanzándolo contra la pared que quedó manchada de sangre.

Cambió la petaca de la pistola cuando escuchó el ronquido de un motor. Corrió hacia una de las ventanas.

Dos hombres pretendían huir en el automóvil. SB-Roger no podía verlos, pero a través del techo de acero calculó la posición del conductor.

Apuntó apenas un segundo e hizo dos disparos. El coche se detuvo. Desde lo alto vio claramente los dos orificios sobre el techo gris perla. Inmediatamente, se abrió la portezuela y apareció Lester Cunnigan con las manos en alto.

—¡No dispare, me entrego!

—¡Cunnigan, comienza a desnudarte!

—¿Cómo?

—Sí, hasta que quedes en calzoncillos y rápido o te vas al infierno con los otros.

Lester Cunnigan se apresuró a obedecer. Volcado sobre él volante había quedado otro de los secuestradores, alcanzado por los balazos que no eran detenidos por la simple chapa metálica.

—¿Y ahora qué?

—Estírate debajo del coche. Si cometes una tontería vos a pasarlo mal.

Cunnigan quedó quieto bajo el auto y SB-Roger aprovechó para descender de las abandonadas oficinas de la factoría que había sido

tomada como refugio por aquellos hombres que habían utilizado su entrenamiento de paracaidistas castrenses para cometer delitos en la paz.

Oyó el ronquido de un motor de hélice. Miró al cielo y vio acercarse una avioneta deportiva que identificó como una «Pipper-Cherokee». Identificó también al piloto que comenzaba a tomar tierra en aquel campo ya escogido de antemano. Era Spider, el cerebro de la organización.

—Shepard...

En principio, Shepard no observó nada anormal y aterrizó con relativa facilidad. Se dirigió hacia el final del campo y allí hizo dar la vuelta a su avioneta.

Cuando abría la portezuela, descubrió en el suelo el cadáver de uno de sus secuaces. Sospechando lo peor, penetró de nuevo en la avioneta, poniéndola en marcha.

SB-Roger corrió para situarse frente a la «Pipper».

Le hizo señas para que se detuviera pero la avioneta, girando su hélice, avanzó hacia él dispuesto a despegar pese a su presencia.

SB-Roger apuntó con su «Magnum» hacia el motor.

Cuando la avioneta prácticamente se le echaba encima, pues la falta de más longitud de rodaje y velocidad no le había permitido remontar aún el vuelo, SB-Roger hizo fuego varias veces consecutivas con su demoledora «Magnum».

A cada disparo, pese a sujetarse la mano, el cañón del arma se elevaba.

El motor fue encajando balazos cuando ya se le echaba encima, dispuesto a barrerlo con su hélice. Roger se tiró al suelo y la avioneta pasó junto a él.

Un poco más lejos, estalló, incendiándose por completo. Se convirtió en una gran pira con el cerebro del secuestro aéreo en su interior.

* * *

Shelby Haward y SB-Roger penetraron en el despacho del comisionado. Éste les miró fijamente y preguntó:

—¿Se han casado?

—Sí, resulta que nuestra sangre compagina —asintió Roger.

—Bien, creo que el fiscal del distrito quiere acosarle a preguntas. No tenías ningún derecho a intervenir en nada. El FBI está contento por un lado pero muy molesto por el otro. En cuanto a los de la Military Police, éstos sí me han pedido que te felicite. Todos esos secuestradores eran desertores de los Boinas Verdes según confesión del propio Cunnigan. Gracias a uno de ellos, llamado Franky, había logrado agruparlos para este secuestro, pensado y planeado por Shepard, del que nadie podía sospechar.

—Sí, le fue muy fácil introducir las armas y explosivos dentro de las cajas de comida que debían repartirse entre los pasajeros del avión. Sólo hubo que dormir a la azafata y desempacar las cajas de comida previamente marcadas. También les había señalado el lugar por donde debían reventar el piso del «Jumbo» para sacar los paracaídas. Shepard lo arregló todo sistema militar con planos del «Jumbo». Les indicó cuándo tenían que destruir la radio y la dirección de vuelo que debían dar al comandante de la nave, el momento propicio para lanzarse al vacío cada uno por su lado tras recoger el para —caídas y cómo dirigirse a la factoría donde permanecieron ocultos. Un plan perfecto sistema comando, pero que les salió mal porque apareció un hombre al que apodan SB-Roger.

—Comisionado, antes de que el fiscal me muerda, Shelby y yo queríamos hacer un donativo para la organización protectora de huérfanos de policías de Nueva York.

—¿Un donativo, de cuánto?

—Quinientos mil dólares.

El comisionado abrió la boca, atónito.

—¿Toda la recompensa que la AIUSA te ha entregado?

—Exactamente. Ahora, deme la placa. Me dijo que era excedencia lo que me otorgaba.

—Sí, una excedencia que no llegué a tramitar.

—Magnífico, así habrán sido vacaciones, ¿no?

—Algo parecido.

—Entonces, el fiscal podrá morderme menos, ya que soy inspector de policía.

—Cuando se entere de tu donativo, será bastante benévolo contigo y, francamente, me alegro de que sigas en el cuerpo de policía. Hacen falta hombres de tu talla aunque muchos se quejen de tu

forma de actuar.

—Sí, en cada cuerpo de policía debe haber alguien al que los hampones puedan llamar hijo de perra.

—Roger, tendrás que moderarte. A mí no me gustaría que si tenemos un hijo sepa que a su padre lo llaman de esa forma —medió Shelby.

—¿Lo ve, comisionado? Ya quieren ablandarme.

Todos rieron mientras se estrechaban las manos.

Una placa brilló sobre la mesa del comisionado, era la placa del más temerario de los agentes que pudiera soñar la ciudad que diariamente debía hacer frente a un mínimo de seis asesinatos.

FIN



Rafael Barberán Domínguez (Barcelona, 1939), más conocido por el pseudónimo de Ralph Barby es un escritor español de novelas populares, también conocidas como bolsilibros o «libros de a duro» en referencia a su bajo precio.

Estrechamente vinculado a la Editorial Bruguera, Rafael Barberán forma parte de los escritores de la Literatura popular española, junto con otros autores como Corín Tellado, Marcial Lafuente Estefanía, Frank Caudet o Silver Kane.

Bajo el pseudónimo de Ralph Barby estaba también su esposa, Àngels Gimeno, con la que compartía la tarea de escribir.

La lista total de los libros publicados por Barby cuenta con más de un millar de títulos y más de quince millones de ejemplares vendidos solo en español, a los que habría que sumar otros tres millones en portugués.

Empezó publicando novelas bélicas y del oeste en las colecciones de las editoriales Ferma y Toray, aunque su éxito llegó poco después con las novelas de ciencia ficción y horror que publicó en las colecciones de la editorial Bruguera, con la que firmó un contrato de exclusividad que duró más de dos décadas.

Con el cierre de Bruguera, a mediados de los años ochenta, Rafael Barberán y su mujer crearon su propia editorial, Ediciones Olympic. Con ella publicaron numerosas novelas del oeste y de terror.

Una de sus novelas del oeste, *Cinco mil dólares de recompensa*, fue llevada al cine en 1974 por el director mexicano Arturo Ripstein.

Personajes estereotipados y relaciones tópicas son las características principales de sus historias, narradas casi siempre con gran desenfado, muy típico de la época en la que fueron escritas.

Notas

[1] SB es el anagrama de «son of the bitch». Traducido al castellano es como decir, en forma abreviada, «Roger, el hijo de perra». < <

[2] En inglés, araña. < <